

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — TOMO XI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 17. — Nº 281.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

## SUMARIO.

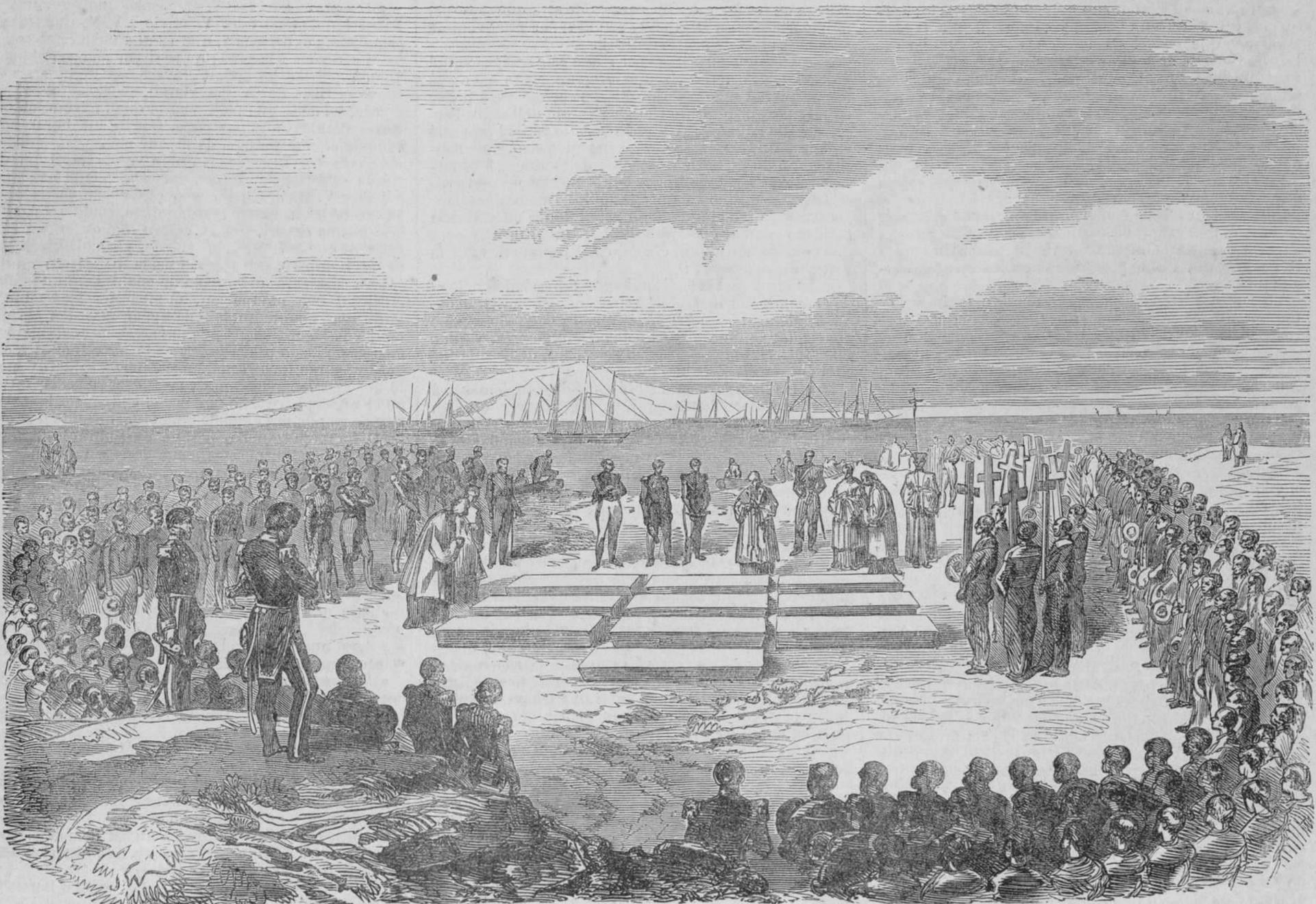
**Desgracia ocurrida á bordo del « Suffren »;** grabado. — Algunas observaciones sobre el ingenio de Blasco de Garay. — En el album de mi amiga Carmen de A... — A Luisa. — Riza-bajá; grabado. — Instituciones judiciales de la Argelia; grabados. — Revista de Paris. — Literatura. — Las obras del bosque de Vincennes; grabado. — Traslacion de la fuente decorativa de la plaza del Chatelet en Paris; grabado — El espadachin. — Curiosidades inglesas; grabados. — Discursos pronunciados en la Academia española. — Revista de la moda. — Decoracion del pabellon Lesdiguieres en el Louvre; grabados.

## Desgracia ocurrida á bordo del Suffren.

El navio-escuela para los marinos-artilleros franceses el *Suffren* estaba haciendo ejercicio de fuego en Porqueolles (en la rada de Hyères) cuando reventó un cañon de á 36 llenando de un denso humo la bateria. En el momento de hacer fuego la conmocion fué bastante general, y sucediéronse diferentes cañonazos en medio de los gritos de los heridos, mientras volaban por el aire trozos de madera, de metal y miembros humanos. Las detonaciones sucesivas que se oyeron hicieron creer

que el polvorin habia volado, y por esto los marineros se iban arrojando al agua para evitar un peligro al que no podia ya ponerse remedio.

Cuando empezó á disiparse el humo, hubo de conocerse toda la gravedad del desastre. El puente superior y el inferior se habian destrozado; y la cureña y el cañon se habian trocado en fragmentos esparcidos en todas direcciones, habiendo acontecido lo propio con las lanadas, atacadores y demás accesorios del cañon. La desgracia alcanzó á cuarenta y dos individuos; diez horribilmente mutilados fallecieron al momento. Nin-



Exequias en Hyères de las víctimas de la desgracia ocurrida á bordo del *Suffren*.

guno de los oficiales ó guardias marinas de á bordo fueron heridos; un teniente de navío quedó cubierto de resacas humanos; un guardia marina que estaba detrás de la pieza, fué derribado por el sacudimiento, pero sin sufrir otro percance.

Al día siguiente se llevaron á tierra los féretros de los diez hombres muertos que fueron bendecidos por uno de los capellanes de la escuadra. El vice-almirante comandante de la flota, acompañado de dos contra-almirantes y de un numeroso estado mayor asistió á los funerales en medio de los destacamentos de marinos que habian bajado á tierra.

### Algunas observaciones sobre el ingenio de Blasco de Garay.

Hace ya más de nueve años que registrando el archivo de Simancas al propósito de una vasta comisión literaria, y aprovechando las curiosidades históricas que con este motivo se nos venían á las manos, hubimos de tropezar con aquellos, sobre el ingenio de *Blasco de Garay*, documentos curiosos que el erudito señor don Tomás González había extractado para adular el espíritu, y que el sabio Navarrete anunció en su famosa *Colección de viajes*, etc., para reclamar en favor de España las primicias del más famoso invento que en los presentes tiempos se ha logrado.

La diferencia que desde luego advertimos entre lo que se atribuía á *Blasco de Garay* y la realidad de su discurso, nos estimuló á recoger todos los datos existentes; de manera que no solamente hicimos copiar para nuestras colecciones hasta cuarenta y tres documentos relativos á dicha novedad, sino que, anhelando restablecer la verdad de los hechos en una cuestión histórica de tanto bulto, quisimos publicarlos sin pérdida de tiempo.

Hubiéramoslo hecho, con efecto, por amor á la justicia si el encargo que á la sazón admitimos de redactar la *Historia de la marina real española*, no nos hubiese aconsejado el reservar aquellos diplomas para darles cabida en dicha obra como en lugar más competente; pero abrumados con el peso de la responsabilidad que ella echaba sobre nosotros, y obligados por otros compromisos que nos hicieron viajar al Nuevo Mundo, abandonamos á más peritas manos la referida *Historia de la marina*, antes que el orden de los sucesos y las reglas de la cronología nos hubiesen permitido dar tributo á la verdad y arrojar de nuestra conciencia el baldón de la impostura.

No entró en nuestro propósito el de renunciar para siempre al que de antemano habíamos acariciado; por que celosos de nuestra honra, y comprendiendo la facilidad con que podría ser lastimada por cualquier extranjero curioso de los que están autorizados para registrar nuestros archivos, si por acaso daba en el de Simancas con los citados documentos, siempre tuvimos por más noble el deshacer nosotros mismos nuestros propios errores, que el que la gente de fuera nos los echase en cara algún día, apostrofándonos á la vez de presuntuosos y falsarios.

En este concepto, y aprovechando la primera ocasión que á la mano se nos vino, hace apenas dos años que publicamos en Lisboa cierto opúsculo, donde al hablar de los trámites que había seguido el descubrimiento del vapor aplicado á la mecánica, y más especialmente á la navegación, nos expresábamos en los términos siguientes:

«Habrás echado de menos el nombre de *Blasco de Garay* entre los más famosos que adelantaron las experiencias del vapor hasta la perfecta aplicación que de él se hace en nuestros días; y la omisión parecerá tanto más notable cuanto que, siendo español este escrito, debería ser mayor el cuidado de mencionar al ilustre ingeniero, colocándole al frente de todos los modernos descubridores.

» De autorizada pluma partió el crédito de *Blasco de Garay* hasta el mundo de los sabios: como que proclamó su peregrino invento el Excmo. señor Navarrete en el tomo primero de la *Colección de viajes y descubrimientos*, etc., nada menos que apoyado en una carta del Ilmo. señor don Tomás González, tan docto en las preciosidades históricas del archivo de Simancas; como que fué el encargado de su arreglo por el Señor Don Fernando VII después del escandaloso traslado que de él hicieron los franceses cuando la guerra de la Independencia.

» Pero aun así mi conciencia de historiador y la veneración que tengo á la fama universal del señor Navarrete, no me permiten disimular la impostura que sorprendió su buena fe, si quiera deje mal parada la veracidad del canónigo. La carta de este, en que se apoyó aquel ilustre escritor para reclamar á favor de España las primicias del descubrimiento del vapor, es absolutamente positiva; pero su contenido se debe declarar á todas luces inexacto.

» No un experimento en Barcelona, sino hasta cuatro se hicieron sobre naves de distinta magnitud en dicha ciudad y en la de Málaga; resultando de todos que el ingenio de *Blasco de Garay* se reducía á un aparato de ruedas semejantes á las que hoy usan los barcos de vapor, el cual se movía á fuerza de brazos; bien que economizándose muchos de los que ordinariamente necesitarían para andar á remo unos buques de tanto porte.

» Recuerdo bien que en una de sus cartas dice *Blasco*

*de Garay* al emperador Carlos V que le remite adjunto el plano de su ingenio; y es lástima por cierto que en el trasiego que hicieron los franceses de nuestro archivo general, ó tal vez antes, se haya extraviado aquella traza.

» También es posible que sobre esto se hayan perfeccionado las aplicaciones del vapor á la navegación, si como dice mi ilustrado amigo el señor don Gerónimo Lobé, cónsul general de los Países Bajos en la Habana (1), algunos documentos relativos al invento de *Blasco de Garay* anduvieron en manos extranjeras; pero siempre conviene asegurar que al buen ingeniero español se le ha atribuido una gloria superior á sus conocimientos físicos, la cual destruye en gran manera cuanto le corresponde por el extraordinario impulso que dió á la mecánica.

» Yo siento no tener á la mano mis colecciones diplomáticas ni mis libros, de suerte que estoy haciendo de memoria este insignificante trabajo; mas no renuncio á la idea de publicar en la primera oportunidad alguno de aquellos documentos, para que sobre datos más ciertos se conjure toda adulteración y sea equitativo el repartimiento de la gloria.

Es muy posible que la intención manifestada en el último párrafo del escrito anterior no hubiera dejado de serlo, hasta que el tiempo y la fortuna nos permitiesen dar á luz, ordenadas por materias, nuestras ya crecidas colecciones de documentos inéditos; salvo si algún arranque de imprudente nacionalidad no nos provocaba á la polémica antes de sazón, ó si otras tareas imprevistas no nos obligaban á ampliar aquellas indicaciones. Pero es el caso que habiendo caído el restablecimiento de la verdad en las hábiles manos de nuestro amigo el distinguido literato señor Ferrer del Río, hízolo este con tanto primor que toda añadidura parece excusada; y bastaría leer una sola vez, ó trasladar como autorizado comprobante su excelente escrito sobre *Blasco de Garay*, publicado en el número 4 de LA AMÉRICA, para creer cuanto dice como artículo de fe, si por acaso un espíritu más apasionado que grave, menos escrupuloso que entusiasta, no se opusiera á la marcha natural de la justicia con argucias improcedentes.

A juzgar por la réplica que da á este el celoso historiador de Carlos III y de las Comunidades, parece como que no tiene á la mano de los documentos relativos á *Garay*, puesto que más no creyó necesitar otra cosa que algunos apuntes. Por esta razón, y porque los que rendimos culto á las letras descartando los hechos positivos de los que no lo son ni siquiera lo parecen, tenemos en mucho la verdad y no pecamos de vanidosos, hanos parecido conveniente terciar en ese litigio con las mejores probanzas que pueden ofrecerse, las cuales consisten en la copia auténtica de una de las cartas que *Blasco de Garay* dirigió al emperador Carlos V desde Málaga en 1540, y en un párrafo de otra que sobre el propio asunto nos escribió el actual señor archivero de Simancas el 24 de agosto de 1849.

Este vamos á anticipar para que se vea hasta qué punto andan errados los que aceptan como buena la impostura del canónigo González, atreviéndose á poner en tela de juicio la intachable relación del señor Ferrer del Río; que pues tan esclavo de la verdad procedió en ella y tan respetado está como historiador de conciencia, ó no merecía las ofensas de la duda, ó es forzoso relevarle á todo trance del bochorno de desvanecerla por sí mismo y con testimonios irrecusables.

Cuánto lo sea el entendido señor don Manuel García González, actual archivero de Simancas, no hay para qué demostrarlo ahora, el cual en el párrafo de la carta á que aludo dice así:

«Cuando se dió la noticia de que *Garay* había aplicado el primero la fuerza del vapor para dar movimiento á las galeras, hice observar al que la daba de que no era cierta; pero no hizo caso de mi advertencia, y como tiene relaciones extremas dentro y fuera de España fué su mentira bien acogida, etc.»

La carta de *Garay*, que sirve como de complemento á cuanto va dicho hasta aquí, para demostrar que en todo había pensado el famoso ingeniero menos en descubrir la fuerza motora del vapor que el canónigo se permitió en atribuirle, no necesita más apoyo que el de su previo registro para confirmarse como buena.

Sustancialmente hállase ya publicada esta pieza, como todas las demás que forman el expediente de *Blasco de Garay*, en el artículo ya citado del señor Ferrer del Río; de manera que poco nuevo enseñará á los que hayan leído este prestándole su credulidad y con algún detenimiento. Mas como quiera que la duda está sembrada en la impugnación que se ha escrito en la CRÓNICA NAVAL de 1º de agosto último, y que por negativas se han tenido las probanzas de que abunda en su relación el reputado escritor que ha reivindicado nuestra honra, mancillada con una impostura inconveniente, todavía será bien dar á luz el documento susodicho para que en adelante no se vuelvan á crear obstáculos contra la verdad, por el vulgar prurito de mantener una gloria que no nos pertenece.

Hé aquí pues la carta de *Blasco de Garay* al emperador, íntegra, tal y como existe en nuestras colecciones

(1) *Mi segundo viaje á Europa*, pág. 74, donde dice de este modo: «Si es cierto que Fulton fué el primero que en 1807 aplicó el vapor á la navegación fluvial, abriendo la comunicación entre Albany y New-York en el río Hudson, no tiene duda tampoco que el célebre ingeniero español Betancourt, que servía en Francia antes de aquel año, comunicó en París el pensamiento de *Garay* y los planos perfeccionados á unos norte-americanos, que muy probablemente fueron de quienes Fulton los obtuvo.»

diplomáticas, la cual se halla original en el Archivo de Simancas, legajo 47 de los papeles de Estado.

«Sacra, Católica, Cesárea Majestad. — Yo Blasco de Garay fui por mandado de V. M. á Málaga á entender en cierto ingenio de hacer andar los navíos en tiempo de calma, y á 4 de octubre de 1539 años hice la primera experiencia en una nao de doscientos cincuenta toneles, vieja y muy pesada; y anduvo la dicha nao, con diez y ocho hombres que traían el ingenio, casi una legua por hora: y porque en esta experiencia se quebraron algunas cosas, y otras parecía que embarazaban mucho el navío por de dentro, yo dije que las enmendaría todas; y así acordaron los proveedores de V. M. que yo enmendase solas dos ruedas, una para cada banda del navío, y que en estas se vería lo que podía ser, porque por dos juzgarían lo que se andaría llevando el navío tres ruedas por banda, que eran seis. Yo aparejé las dichas dos ruedas; y lo de dentro, que embarazaba mucho por razón de unas vigas largas con que se movía, recogí en tan poco espacio que casi es nada el lugar que ocupa; porque quité las vigas y seguí otra manera de movimiento; y púselo en una nao de cien toneles cargada de trigo, y á cada rueda puse tres hombres que la moviesen, que por todos eran seis, y con esto anduvo media legua por hora, medida por sus ampolletas que llevaron los proveedores de V. M.; y la misma media legua que había andado quisieron que la tornase luego á volver á andar para ver si en la mar había habido corriente que la ayudase, y volvió la misma media legua puntualmente en otra hora. Después trujéronla por la marina de una parte á otra, y trujéronla hasta la punta de las atarazanas, casi tan cerca de tierra como llegan las galeras, y hizo muchas veces ciaboga mas pronto que una galera.

» Esta experiencia se hizo á 2 de julio de 1540: iban dentro los proveedores de V. M., como ellos escriben, y metieron consigo mas de cien hombres, capitanes de nao, pilotos, marineros y otras personas hábiles para que diesen su voto, entre los cuales iba especialmente Gracian de Aguirre, y Noblecio, hombres experimentados en las cosas de la mar, sin otros muchos bateles de gente que iban á la redonda de la nao para ver; y en concordia de todos se dió por la más útil cosa del mundo y sin inconveniente alguno, tanto que con ser la primera experiencia harto ingeniosa, esta postrera la hizo parecer mala, por ser más fácil y ocupar tan poco lugar, que con muy poquitas tablas se podría encubrir el arte de dentro que nadie lo viese; demás de otras muchas ventajas que hizo á la primera en ser de menos costa y menos violenta, y que durará más que el navío á donde fuere, porque este ingenio se podrá quitar y poner ligeramente cuando fuese menester ó para ir á la bolina ó por algún tiempo fuerte que entrase.

» Los proveedores de V. M. pienso que envían la información de todo esto. Yo envío á V. M. una traza de esta última experiencia, que es una media nao con solas dos ruedas á la proa; no sé si por ella se entenderá algo. Y porque los dichos proveedores no quieran testificar de mas de lo que vieron, dejan á mi cargo lo demás, así de lo que pienso hacer en el mismo ingenio, acrecentándole algunas cosas que le pueden ayudar, como la cuenta y razón de lo que pienso que andarán los navíos que fueren mas gruesos que este en que vieron la experiencia. Y para dar esta cuenta ha de presuponer V. M. que para solo este efecto de andar los navíos podrían bastar seis hombres, como se vido en esta última experiencia, y cuatro como yo ofrecí en la petición que á V. M. dí en Toledo, y si no hubiese mas de dos hombres, estos creo que la menearían en una calma. Mas para andar cosa de cantidad que pudiese servir en una navegación, ha menester mas gente, y tanto mas cuanto hubiere de andar mas. Por eso diré aquí á V. M. dos suertes de navíos, que cualquiera de ellos es de harto provecho, y se puede con ellos navegar una larga navegación en tiempo de calma; y puesto que añadiendo la gente y las ruedas se podría añadir en el andar, pareceme que por el embarazo de los navíos no es menester añadir en los ingenios ni en la gente, si no fuese sobrada, porque á no mirar este miedo se podría añadir; pues tomando lo razonable, habiendo respeto á todo, me parece que se podrá hacer lo siguiente:

» Primeramente, para que un navío ande mas de legua por hora, y que este mas sea una conocida ventaja, ha menester la gente siguiente:

- » Para una nao de cien toneles, doce hombres.
- » Para una nao de ciento y cincuenta toneles, diez y seis hombres.
- » Para una nao de doscientos toneles, veinte hombres.
- » Para una nao de doscientos y cincuenta toneles, veinte y cuatro hombres.
- » Para una nao de trescientos toneles, veinte y ocho hombres.
- » Para una nao de trescientos y cincuenta toneles, treinta y dos hombres.
- » Para una nao de cuatrocientos toneles, treinta y seis hombres.

» Aquí ha de notar V. M. que no doy mas gente para mover estos navíos, de la que suele ser menester para los bateles de los mismos navíos.

» Pues para que estos navíos anden mas de legua y media por hora, y que este mas sea una conocida ventaja, han menester la gente siguiente:

- » Para una nao de cien toneles, diez y ocho hombres.
- » Para una nao de ciento y cincuenta toneles, veinte y cuatro hombres.

» Para una nao de doscientos toneles, treinta hombres.

» Para una nao de doscientos [y cincuenta toneles, treinta y seis hombres.

» Para una nao de trescientos toneles, cuarenta y dos hombres.

» Para una nao de trescientos y cincuenta toneles, cuarenta y ocho hombres.

» Para una nao de cuatrocientos toneles, cincuenta y cuatro hombres.

» Aquí ha de considerar V. M. que aunque va crecido el número de los hombres mas que en los navíos de mas de legua, no es tanto el crecimiento que en cualquiera navío no haya gente para ello de solos marineros y grumetes que los dichos navíos han menester para solo navegar; cuanto mas que siempre van otras gentes en los navíos que holgaran de ayudar en tiempo de necesidad, como ayudan á la bomba y al cabestrante; porque para este ingenio no son menester hombres diestros como para el remo, y habiendo abundancia de hombres podrán andar estos navíos mucho mas que aquí he puesto. Y así mismo si faltasen hombres de los necesarios, con pocos ó muchos, los que hubiese, navegaria mas ó menos, segun el número de los hombres, que no es pequeña comodidad, que habiendo muchos hombres todos pueden servir en una necesidad, lo cual en los navíos de remo no se puede hacer, en especial en la galera, que no caben mas remeros de los que van, y esos han de ser muy diestros como dicho tengo.

» Asimismo ha de entender V. M. que esto que he dicho que andarán estos navíos con los hombres que á cada uno he puesto, será yendo la gente trabajando á toda furia, como cuando la gente de una galera va dando caza á una fusta; y porque este trabajo no lo podrán sufrir sino es en un apretón de dos ó tres horas, para caminar de esta manera ó será menester gente de remuda, ó que descansan como hacen las galeras; mas queriendo trabajar lo razonable y aquello que podrán sufrir todo el día, no andará tanto como arriba he puesto, aunque creo que caminarán bien; y esto será segun quisieren trabajar poco ó mucho, como en todos los otros trabajos; porque en este ingenio pueden trabajar mucho ó poco, como quisieren, porque no obliga á poner siempre mucha fuerza como los que suben peso; en fin, en este caso es como el remo.

» Así mismo esto que he dicho que andarán estos navíos, se ha de entender en calma y sin corriente de mar; porque puesto que contra la corriente pueden navegar, como ya se ha experimentado, todavía pierde de su navegacion por causa de la corriente mas ó menos, segun la corriente fuere; aunque ha de saber V. M. que estos navíos resisten mejor á la corriente que al viento contrario, al revés de la galera que resiste mejor al viento contrario, si no es mucho, que á la corriente; porque la galera tiene mas debajo del agua que encima, y la nao tiene mas volumen encima del agua que debajo, por ser alta de borde y de popa y proa donde hace mucha fuerza el viento; aunque si el viento no es mucho, todavía proejan contra él, y mas proejarán las que anduvieren á mas de legua y media que las que anduvieren á mas de una.

» Dejando, pues, ya aparte esto de los navíos de alto bordo, y viniendo á las galeras, que son navíos largos y mas dispuestos á hender el agua que las naos, á lo que yo alcanzo por las experiencias hechas, así públicas, como otras que yo he hecho particulares, que de buena razon no me pueden faltar, se podrá hacer en ellas lo siguiente:

» Una galera de las que al presente reman veinte y cuatro bancos por banda, que ha menester ciento y cuarenta y cuatro hombres de remo, ha menester destotra manera solamente la cuarta parte, que es treinta y seis hombres, y ganarse ha todo esto: lo primero que de una galera se hacen cuatro; lo segundo que la galera que llevase este ingenio andará mas que ninguna otra al remo, que es cosa de grande importancia, porque ella alcanzará á otras y las otras no á ella; lo tercero esta galera podrá llevar medios cañones por las bandas, y muchos mas soldados que lleva y mas libres para pelear, porque no llevará bancos ni cursia, que es grandísimo embarazo, sino una hermosa plaza descubierta, desembarazada de popa á proa mucho mas que al presente está, lo cual no creo que será poco alivio para una necesidad; lo cuarto, la chusma desta galera se podrá despedir hecho el viaje, y no será menester invemar con ella, porque el mas grosero hombre que tornaren á tomar sabrá traer este ingenio tan bien como el mas diestro, porque no es mas de traer una cigoñuela á la redonda; y ahorrarse ha V. M. de los gastos del invierno de las galeras, y de ánimas que están allí contra justicia penando que V. M. no lo puede saber, las cuales claman siempre justicia contra los que allí las detienen malamente; lo quinto es lo que arriba dijimos en las naos, que los soldados que allí hubiere podrán ayudar á traer el dicho ingenio para que ande mucho mas, lo cual puede aprovechar mucho en una necesidad contra un viento recio y contra una recia corriente, y contra otros muchos desastres de mar, y para alcanzar otros navíos; y esto no es de tener en poco cuando el tal caso se ofreciere, lo cual no puede hacer yendo al remo. Y porque aquí podrán algunos decir que estos treinta y seis hombres no bastarán á subir el entena, yo daré ingenio con que la suban aunque fuesen menos; cuanto mas que mucha otra gente hay en la galera que podría ayudar cuando la quisieren subir á manos, como agora la suben.

» Y porque todo esto es tan gran cosa como ya V. M. puede ver, porque teniendo V. M. ingenios aparejados

para tres ó cuatro suertes de navíos, podrá, cuando fuere servido, tomar los navíos que hubiere menester, y mandarlos poner los ingenios que se ponen ligeramente; y puesto todo á punto, y hecha la gente de guerra que ha de ir en ellos, puede V. M. mandar á la postre de todo tomar la gente que ha de mover el ingenio, y pagándolos por el tiempo que fuere menester, llevará V. M. una armada de navíos de alto bordo artillados, que basten á hundir el mundo, sin las galeras que podrá llevar como corredores del campo, que no se les escape cosa que por la mar saliere; y hecha la jornada, cuando se despidan los soldados, despedir los movedores del ingenio para que otra vuelta vengan alegremente al mandado de V. M., y desta manera excusarse han muchos gastos, y V. M. será señor absoluto de mar y tierra, y servido prestamente, y no como agora, que para meter un hombre que reme en galera se escandaliza el mundo, porque entra para nunca salir, sino es por ventura.

» Y porque en esto se le apareja á V. M. un gran servicio, y á mí un trabajo incomportable como de lo experimentado se me figura, porque las cosas nuevas se hacen con gran dificultad y cuidado, así como con admiracion y casi incredulidad, suplico á V. M. que para que con mas ánimo yo vaya por fatiga tan intolerable, y tema menos los golpes de los envidiosos y de aquellos que contraniman la ventura de los que Dios favorece, que V. M. sea servido de señalarme las mercedes que me ha de hacer cuando yo haya cumplido lo sobredicho, y sea de esta manera: Que V. M. tome un navío de los que arriba van puestos, cual á V. M. mas agradare, ó de los de á mas de legua ó de los de á mas de legua y media, y yo me profiero, con la gente que á cada uno arriba puse, de hacer que ande lo que tengo dicho, y así mismo de hacer en una galera lo que tengo dicho; y que no cumpliendo yo lo dicho, V. M. no sea obligado de hacerme merced ninguna por ello; pero que cumpliendo yo en la dicha nao que V. M. tomare y en una galera todo lo que dicho tengo, y de tal arte que no tenga falta por donde se deba dejar de usar de ello, V. M. sea obligado á hacerme luego las mercedes que me prometiere por ello; y no pido esto por dejar de entender despues en los ingenios de otros navíos que arriba he puesto, sino porque en estos dos primeros, así en la nao como en la galera, entiendo descubrir muchos mas primores que, de miedo de hombres que andan á hurtar ajenas invenciones para disfrazallas y llamallas suyas, he callado hasta aquí, y asimismo de miedo de invidiosos, que de que ven que lo tienen todo en su poder, no consienten que nadie medre por ellos; y de estos así los unos como los otros he hallado gran copia todas las veces que he descubierto algo de mi pobre ingenio. Por eso suplico á V. M. sea servido que yo conozca mi galardón y aquello en que tengo de servir, porque de esta manera será mucho mas servido V. M. y mejor; y entenderé en todos esotros géneros de navíos y en cuanto mas V. M. mandare despues de hecho esto, como hombre que yo no temeré lo que podrán hacer invidiosos y ruines, porque no terné mas cuidado que el de servir á V. M., no solamente con esto, mas con otras muchas cosas que Nuestro Señor me ha dado á entender en ventura de V. M., que todo lo quiero para su servicio.

» Y suplico á V. M. que en las mercedes que me señalare haya el mismo respeto á mis hijos y descendientes que á mí, y que sea cosa honrosa; que pues el hecho ha de ser nombrado por todo el mundo, de quien espero en Dios que V. M. será presto Señor, se sepa el favor y honra que V. M. dió al que en su servicio lo inventó: que no será pequeña gloria á V. M. Y si suplico esto es porque ya esta cosa va fuera de dudas, y cuando no saliere lo que prometo, será muy poco menor lo que saliere; aunque en verdad yo pienso y saldrá antes mas que menos, segun que las experiencias hechas me prometen; y si no saliere tanto, V. M. quedará sin obligacion, y si algunas mercedes me hiciere, llamarse han de pura gracia.

» Dejado, pues, esto aparte, es menester que V. M. se sirva deste ingenio con brevedad, antes que la invencion pueda extenderse por los enemigos; aunque pienso que ella es de cualidad que no tan fácilmente se podrá entender, porque lleva mucha razon y cuenta; mas por sí ó por no, no puede dañar la brevedad; y si esta quiere V. M., es menester que yo sea provehido en Málaga de la misma manera que yo daré por un memorial cuando se hubiere de entender en ello; porque de otra manera irá la cosa tan á la larga que V. M. no pueda ser bien servido; y por aventura mi vida puede faltar, que soy hombre delicado y algo enfermo, y quedariase tan gran secreto por efectuar, puesto que con solo lo efectuado habria oficiales que en alguna manera sirviesen á V. M., aunque en comparacion de lo que queda todo lo hecho es poco, y menos lo que sin mí sabrian hacer.

» No quiero cansar á V. M. con mas razones, sino que de todo esto espero el mandamiento de V. M., cuya imperial persona y señorío Nuestro Señor guarde y acrecienta en su santo servicio. De Madrid á 10 de setiembre de 1540 años. — Humilde vasallo que los reales piés de V. M. besa. — Blasco de Garay. »

Si despues de lo dicho todavía alguna inteligencia metafísica se entretuviere en argüir contra la verdad de las cosas, empeñándose en sostener lo que el buen criterio rechaza, y la buena fe de la historia condena, no seremos nosotros quienes vuelvan otra vez por los fueros de la justicia, ya invulnerables en la presente cuestion; antes dejando á cada cual con sus creencias, si por ventura puede haberlas contrarias á tan auténticos datos, nos concretaremos á lamentar en silencio los extravíos

que causa la pasion, allí donde la crítica se subordina á la propia voluntad, y la historia se ajusta á los preceptos de la fantasia.

JOSÉ FERRER DE COUTO.

### En el album

DE MI AMIGA LA POETISA ORIENTALISTA

CARMEN DE A...

Sal á tu ajimez, cristiana.

Negro manto cubre el cielo,  
La lluvia platea el suelo,  
Envuelto en rojo alquicel,  
El turbante hasta las cejas,  
Caminando iba Ismael;  
Llegóse frente á unas rejas,  
Se paró, y así á Carmelo  
Cantó su amoroso duelo:

¡Alá te guarde, María!  
Cristiana,

La de los labios de grana,  
Abreme tu celosía,

Que el día  
En tus ojos busca el fuego;  
En tu boca rosicler  
El alba al aparecer.

Oye, por Agar, mi ruego,  
Y luego

Dáale á la noche mañana,  
A mi corazón placer.  
Vierta el cáliz de esa flor  
Que arrulló el aura africana

Su rocío  
Sobre el ara de mi amor,  
Y su aliento arrobador  
En mi rostro seque el llanto.  
Quiera Alá, que es justo y santo,

Y pío,  
Poner fin á tu desvío,  
O darne muerte temprana.

¡Sultana!  
Duélete de mi quebranto.

Sal á tu ajimez, cristiana.

LUIS DEL BARCO.

### A Luisa.

¡Luisa! ¡Luisa!... Para amarse  
Han nacido nuestras almas.  
Dios al lanzarlas al mundo  
Las hizo hermanas.

Pasamos floridos años  
En el mundo separadas,  
Pero nos unió la suerte  
En la desgracia.

Yo consolé tu tristeza.  
Tú mis pesares llorabas.  
¡Ay! no pueden separarse  
Ya nuestras almas.

EMILIA DE SANTA COLOMA.

### Riza-bajá.

Hassan-Riza-bajá nacido en 1812, se crió y educó desde su infancia en el palacio imperial. Las pruebas de inteligencia que dió desde luego le valieron que le distinguiera el emperador Mahmud, el gran reformador y el profundo conocedor de los hombres, quien le hizo subir de page á la categoría de sus chambelanes en 1828, y despues á la de primer chambelan. Once años de buenos servicios le granjearon las buenas gracias del gran monarca y la consideracion de sus compañeros. En 1839 cuando el advenimiento al trono de Abdul-Medjid, fué nombrado mariscal del palacio, en cuyo empleo manifestó esa actividad y esa energía que hubieron de merecerle el grado de comandante en jefe de la guardia imperial. Desempeñó estas nuevas funciones con tanto celo que el sultan para demostrarle su satisfacción le nombró ministro de la Guerra. Abdul-Medjid, animado del mismo espíritu y perseverancia que su augusto padre en la obra de la reforma, halló en él un digno ejecutor de sus voluntades. Durante los tres años que pasó en el ministerio, Riza-bajá reorganizó el ejército de un modo casi maravilloso. Principió por dividir la fuerza militar en cinco cuerpos que repartió por diferentes puntos del imperio, instituyó el sorteo y el li-

cenciamiento de los soldados al cabo de cinco años de servicios y creó las reservas. En el espacio de un día hizo que se engancharan en Constantinopla sin ningun desorden todos los hombres capaces de llevar las armas; la nacion admirando esa firmeza y valor, olvidaba sus tradiciones sediciosas, y aplaudia al sultan que habia dado al pais un ejército regular.

Riza-bajá sabia elegir buenos funcionarios que le secundasen en la ejecucion de las órdenes del soberano. Pero la marcha vigorosa de la reforma intimidó á muchas personas, y el sultan, á fin de conservar lo hecho, sacrificó á Riza-bajá quien, sin murmurar, permaneció quince meses de reemplazo.

Nombrado ministro de Comercio y Obras públicas, es decir, lanzado en un terreno que le era desconocido, desplegó en su nuevo empleo la inteligencia y la actividad propia de los hombres de accion; él instituyó el código de comercio en vigor actualmente.

Llamado por segunda vez al ministerio de la Guerra, cuando las dificultades de los Principados danubianos, Riza-bajá, gracias á la organizacion militar que habia introducido, reunió rápidamente las reservas de Rumelia y de Anatolia para dirigir las por Constantinopla á la Moldavia.

El año que pasó en el ministerio de la Guerra probó que nada habia perdido de las cualidades que le distinguieron hasta entonces; pero sobrevinieron nuevas dificultades, y el seraskier hubo de presentar su dimision y fué enviado de gobernador á Brusa y á Salónica. Trece meses pasó en las dos residencias, conduciéndose con una moderacion y un acierto que le conciliaron la gratitud de los habitantes, los cuales sintieron mucho que les abandonase por el mal estado de su salud. Entró pues en la vida privada, buscando en ella un reposo necesario, pero la confianza que tenia el soberano en su alta capacidad no debia dejarle un largo descanso.

En 1854 fué nombrado gran almirante, y dos meses despues volvió por tercera vez al ministerio de la Guerra. No apartando su vista del ejército que habia rege-

nerado, supo dar, á despecho de todas las intrigas, nuevas pruebas de paciencia y de abnegacion que merecen grandes elogios. Fué á Chumla con el mariscal Saint-Arnaud y lord Raglan á ver el ejército que mandaba

Omer-bajá; las aclamaciones de los soldados le probaron el cariño que sus servicios habian despertado entre ellos.

Una cuestion diplomática produjo su caída durante la guerra, y á ella siguió la caída de Rechid-bajá. En el espacio de tres meses, otros dos dignatarios fueron llamados al ministerio de la Guerra; pero las reformas comenzadas por Riza-bajá no podian llevarse adelante sin su inteligencia y su mano vigorosa. El sultan le nombró de nuevo ministro de la Guerra, empleo que ocupa hoy, y en el cual se distingue como antes por su deferencia á las órdenes de su soberano, por su energia y su prontitud de ejecucion.

Seria muy largo enumerar las reformas introducidas en el ejército por Riza-bajá, y así nos limitaremos á decir que todas las organizaciones militares del imperio le pertenecen. No añadiremos ninguna consideracion á estos rápidos apuntes biográficos de un hombre tan notable. El patriotismo de Riza-bajá está escrito en cada uno de los actos de su vida; tratando siempre de estar en armonía con sus colegas, sabe no solo corresponder dignamente á la confianza del sultan y granjearse las simpatias de los súbditos del imperio, sino merecer el respeto y la consideracion de los aliados de su soberano.



Riza-bajá, ministro de la Guerra de la Puerta Otomana.

### Instituciones judiciales de la Argelia.

LOS AMINES.

La poblacion de todos los pueblos argelinos se compone de una parte fija domiciliada, y de otra fraccion movable formada de extranjeros, *berranis*, que acuden para ejercer momentáneamente su industria. Esta segunda categoria se aumenta cada vez desde la ocupacion francesa que, con otros resultados incontestables, tiene el mérito de desarrollar los negocios de comercio y de industria.

Estos *berranis* se dividen en varios grupos distintos



Instituciones judiciales de la Argelia : los Amines (corporaciones indígenas.)

que cada cual saca su nombre del país de su origen, á saber: los *Kabilas*, los *Biskris*, ó habitantes de los *Ziban*, cuya capital es *Biskra*, los *Beni-Mzab*, cuyo país se extiende en el Sahara argelino, entre *Tugurt* y *Laghuat*, los *Laghuathis*, y por último los *negros* que salen de las comarcas meridionales.

En suma, estos forasteros son procedentes de regiones donde falta buena tierra para la labranza, y emigran á fin de reunir algunos cuartos que les dan luego una vida holgada en los países en donde han nacido.

El *Kabila* se hace marinero ó labrador.

El *Biskri* es mozo de cordel ó batelero, y se encuentra rival de los españoles de la Península, los mahoneses y los malteses que abundan en los puertos argelinos.

El *Mzabi* es mas variado en sus aptitudes; se encuentra en mayoría en los baños y en los cafés moros; tambien es carnicero, y compite con el judío en el comercio de detalle. De un *Mzabi* he oido contar en otro tiempo que vendió en el Sahara fósforos uno á uno y caros, dando este producto de nuestra industria como una invencion mágica, sobre la cual hicieron largos comentarios los musulmanes inclinados por naturaleza á lo maravilloso. Es un rasgo bien característico.

En fin, por un contraste bastante singular, el *negro* se consagra principalmente á blanquear las casas.

En las localidades donde los forasteros nómadas no son numerosos, forman una sola corporacion, los *berranis*.

Cuando la corporacion es bastante considerable se divide por grupos en que ingresan los individuos de la misma raza ú origen. Cada aglomeracion de este género tiene á su cabeza un *amin* (sindicó) dotado de ciertas atribuciones.

Cuando la conquista francesa, se introdujo en los grupos susodichos el mayor desorden, como en todos los antiguos ramos de la administración local. Al pensar las autoridades seriamente en gobernar una poblacion de individuos, sin estado civil, que trabajan á jornal, que duermen en los baños y en los cafés moros, ó en las plazas públicas, tropezaron con mil dificultades; pues querer introducir las exigencias de las costumbres francesas entre esa gente, era resolverse á llenar sin grande utilidad los tribunales y las cárceles. El hecho de no tener domicilio es un delito incomprensible para el indígena.

Por los años de 1838 la autoridad local pensó en reorganizar las corporaciones, y nombró *amines* con las mismas atribuciones que antes tenían. Pero faltaron agentes franceses especiales, y nada se remedió con esta medida; los *amines* mal vigilados incurrieron en muchos abusos, y la situacion se empeoraba cada vez, cuando el decreto del presidente de la república de 3 de setiembre de 1850 puso un término á ese estado de cosas reorganizando las *corporaciones indígenas*.

En virtud de este decreto la poblacion indígena flotante de los pueblos de la Argelia quedó clasificada en una ó varias corporaciones, y cada corporacion tiene á su frente un *amin* nombrado por el gobernador general.

El *amin* tiene un sueldo fijo, y está encargado de prescribir á sus administrados ciertas formalidades de inscripcion, de libreta y de placa, bajo la vigilancia de la autoridad prefectoral.

El *amin* solo, si no hay mas que una corporacion en la ciudad, ó el tribunal de los *amines* (especie de consejo de árbitros ú hombres buenos), si hay varias corporaciones, juzga además de los casos previstos de falta de formalidades por parte de los administrados, las contestaciones pecuniarias ó relativas al ejercicio de su profesion, las disputas, injurias ó actos de insubordinacion y de contravencion á los reglamentos interiores

Debemos añadir que esta institucion de las corporaciones y del tribunal de los *amines* corresponde á una de las necesidades mas urgentes del pueblo indígena en la Argelia, que es el de tener pronta una justicia que á cada instante escuche sus recriminaciones y juzgue inmediatamente sus diferencias, sobre todo cuando son de poca importancia. Nada prueba mejor tampoco cuánto deben estudiarse las cosas de Africa antes de una solucion, que ese modo de administracion nuevo que contenta á todo el mundo, y que sin embargo se halla instalado en presencia de los diferentes resortes judiciales importados de Francia, y en medio de los partidarios mas ardientes de la asimilacion de la Argelia á la metrópoli.

La organizacion de la justicia musulmana en Argelia era sin duda una obra mas complicada y difícil que la reconstitucion mejorada de los estatutos concernientes á las corporaciones indígenas; así se hizo esperar mas tiempo, pues solo por decreto imperial de octubre de 1854 vino un reglamento definitivo á poner un término á las indecisiones y á las dificultades del pasado.

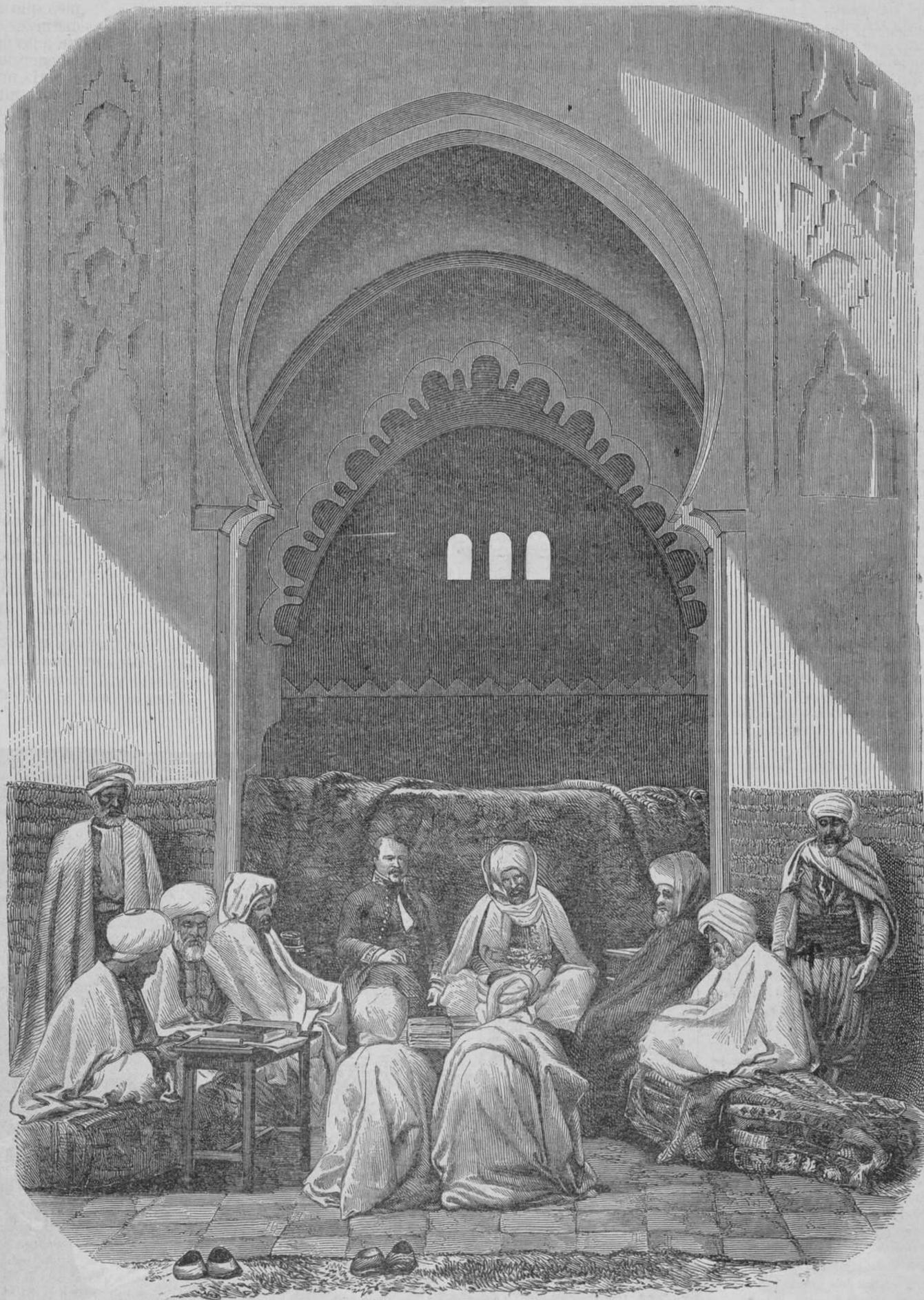
En las sociedades del Islam la jurisdiccion del *cadhi* entiende en todo aquello que juzgan nuestros diferentes tribunales; además la justicia musulmana establecida segun los versículos del Coran, tiene un carácter profundamente religioso que impone mucho respeto á los fieles. Gracias á este respeto de los orientales á las cosas de su religion, la justicia, aunque muy corrompida y degradada en varios países, ha conservado su imperio sobre las masas.

Los franceses al llegar á la Argelia, fieles á su promesa de conservar á los indígenas su religion, sus leyes y costumbres, permitieron que la justicia del país se ejerciera lo mismo que antes. Pero no tardaron en observar abusos escandalosos, y en breve hubieron de reconocer que era imposible consentir en que los jueces musulmanes impusieran penas á sus correligionarios que alcanzaban hasta la pena capital, con el poder de hacer ejecutar las sentencias.

La primera reforma consistió pues en quitar á los tribunales musulmanes la competencia de todo lo que es crimen, delito y contravencion; solo les concedieron el poder de fallar en materia civil ó comercial, y aun aquí se permitia un derecho

de apelacion ante los tribunales franceses. Al mismo tiempo la fiscalia francesa estaba encargada de la vigilancia del personal jurídico musulman.

Este estado de cosas ya mejor fué juzgado muy luego insuficiente; ciertos detalles estaban mal definidos; se confundian las jurisdicciones; los magistrados franceses sin antecedentes en el país, sin conocer la lengua ni las costumbres, sin ningun medio de accion real sobre los *cadhis*, no pudieron intervenir debidamente en la administracion de justicia. Los *cadhis* de tribu, tan degradados ya bajo la dominacion turca, no se levantaban de su estado de indignidad y vasallaje con respecto á la autoridad política; de modo que era urgente tomar medidas para rehabilitar poco á poco el campo de la justicia musulmana y para cortar las cau-



Instituciones judiciales de la Argelia : el Medjeles (tribunal de apelacion.)

de las corporaciones. Las penas que imponen son: multas de 1 á 15 francos, y de 1 á 10 dias de cárcel.

Las sesiones tienen lugar en presencia de un agente francés designado por el prefecto, y que hace de escribano; le asiste un *khodja* (secretario), y tiene un registro foliado por la autoridad civil.

Uno de nuestros dibujos representa una sesion del tribunal de los *amines* en Argel; el agente-escribano á la izquierda y el *khodja* á la derecha toman nota de las decisiones. A la derecha del *khodja* se reconoce al árabe del Sur no modificado todavia por su residencia en las poblaciones; á su lado está el viejo *amin* de los negros, y luego vienen los otros tres *amines* que en su exterior parecen individuos ya civilizados.

Los demandantes sentados explican sus negocios.



De Apolo y de Minerva colocaron  
Sobre tu régia frente,  
¿De qué florón mas fúlgido blasona?

Aquí aparece el secuaz de Quintana. En la respuesta que pone en boca del siglo, cuya aparición pinta haciendo recordar el *Adamastor* de Camoens y especialmente en la profusión de mal gusto con que emplea la figura llamada por los retóricos *conduplicacion*, se ve la influencia del ejemplo de García Tassara, poeta subidísimo, pero modelo peligroso. Contesta el siglo :

« El es. Jamás la osada  
» Y altiva inteligencia,  
» En la materia vil encadenada,  
» Jamás tan alto desplegó su vuelo.  
» La excelsa omnipotencia  
» Que de astros fulminantes cubrió el cielo,  
» Y que forja y fulmina el rayo ardiente,  
» Con su dedo *toco, tocó* su frente,  
» En la que ya la inspiracion hervía,  
» Y aliento dió á su inquieta  
» Sublime y voladora fantasía,  
» Y el himno resonó del gran poeta. »

.....

Dijo, y cual bruma densa  
Que del mugiente piélago la inmensa  
Superficie llenando no turbada  
Es por brisa gentil arrebatada,  
Se alejó, se alejó. ....

.....

El señor Gil, si se aplica al estudio de los ejemplares patrios, procurando moderar su estilo, será sin duda un digno hijo de la escuela salmantina. Nosotros le aconsejariamos que se consagrara á los asuntos tiernos y sencillos en que mas pueden campear sus facultades poéticas. Varias composiciones suyas de esta clase que hemos visto se recomiendan por la dulzura del sentimiento y la suavidad de las formas.

Del señor don Domingo Doncel y Ordaz es la oda que sigue; oda en la que « todo lo que va de cursiva es, ó imitacion de algunos giros del maestro Leon, ó el comienzo de algunas estrofas suyas, ó el título ó asunto de casi todas sus obras. » No es el señor Doncel y Ordaz persona desconocida en la república de las letras, ni merece serlo á la verdad, pues en todos sus escritos (impresos repetidas veces en varias revistas de Salamanca, Madrid y Zaragoza) se descubre sana y profunda doctrina, selecta erudicion, estilo elegante y lenguaje esmerado y castizo. En prueba de ello, léase su precioso *Estudio sobre la educacion de la mujer* que publicó hace años la *Revista Salmantina*, periódico cuyos artículos merecieron tan frecuentes elogios de la prensa madrileña. Como poeta, aunque alguna vez rindió párias al romanticismo, se distingue, mas que por los grandes arranques líricos, por la templanza del estro y la tersitud de las formas, acercándose mucho bajo este punto de vista á Melendez Valdés, á quien tambien recuerda por su tendencia filosófica y por su amor á las glorias de la escuela salmantina, de que es no escaso ornamento. Deseamos que reuna en coleccion sus composiciones que son modelos clásicos, cultos, limados y ricos de armonía. Actualmente es director de *el Eco de Salamanca*, y esperamos que allí nos proporcione nuevos y no menos sabrosos frutos de su ingenio. No indigna de él es la oda á *Fray Luis de Leon*, escrita en *liras bellísimas*; con entonacion media cual corresponde al asunto, con abundancia de imágenes y de frases gráficas y delicadas. Peca, es verdad, de excesivamente larga, lo cual suele engendrar el decaimiento que se nota en algunas estrofas, si bien pasajero: es difícil sostenerse en un vuelo igual mucho tiempo. Véanse, por via de muestra, algunas de las mejores *liras* :

No puede negra envidia  
Tu nombre oscurecer; y si ultrajado,  
Con los perversos lidia,  
Como fué mancillado  
Tanto brilla despues acrisolado.

Un lustro perdurable  
Negó la luz á tus cansados ojos,  
Y en abismo espantable,  
Sobre espinas y abrojos,  
Te vió á la Virgen implorar de hinojos.

.....

¿Con qué placer al huerto  
Que tu mano plantó volviste un día!  
De flores mil cubierto  
Su aroma te ofrecia  
Y tu sencillo pecho conmovia.

El no aprendido canto  
Las inocentes aves modulaban,

Y en el silencio santo  
Las auras murmuraban,  
Y los árboles bellos agitaban.  
.....  
Filósofo cristiano  
Los *innúmeros* astros contemplabas,  
Y de la excelsa mano  
La direccion mostrabas,  
Y á los mundos de luz te encaminabas.

Otras muchas estrofas pudiéramos citar de igual mérito: pero el corto espacio de que disponemos nos lo impide. Del señor Doncel es tambien otro soneto que figura mas adelante y que por su mérito copiaremos :

Vuele con sangre y crímenes manchada  
De mil guerreros la funesta gloria,  
Y abra sus negras páginas la historia  
A tiranos y déspotas menguada.

Por artes diplomáticas burlada  
Huéllese la justicia, y transitoria  
Conserven los humanos la memoria  
De la santa verdad immaculada.

No así, Leon, los siglos que ya fueron  
Nos transmiten tu nombre sin mancilla,  
Que la ciencia y virtud enaltecieron.

Y aquí del Tormes en la sacra orilla,  
Donde coronas á tu sien cifieron,  
Eterna gloria en tu sepulcro brilla.

Junto á la oda del señor Doncel y Ordaz está una de don Melquiades Gonzalez y Gonzalez, jóven aun, muy jóven, y como tal inexperto en el arte, aunque ricamente dotado por la naturaleza. Imaginacion vivísima y generosos pensamientos, unidos á un gran sentimiento de la armonía métrica, pronostican un poeta distinguido. Diganlo si no los cuartetos con que empieza :

¿Porqué de voces mil eco sonoro  
En las sagradas bóvedas retumba,  
Y olorosa guirnalda y pluma de oro  
Adornos son de funeraria tumba?

.....

¿Porqué la multitud arrodillada  
En torno á los magníficos altares?

Aun son mas bellos los siguientes :

¿Con qué júbilo el Tormes bullicioso  
Viera junto á sus linfas cristalinas  
Al inocente vate candoroso  
Jugando con las rosas campesinas!

Allí, al par de las aves trinadoras,  
Cantó el susurro del ramaje umbrío,  
Y el céfiro galan de las auroras,  
Y el lisonjero murmurar del río.

Oh! ¿Con cuánto placer resonaria  
Su venturoso huerto, variado,  
Cuando la agreste vida bendecia  
Y el limpido arroyuelo sosegado!

Si toda la composicion estuviera escrita con igual galanura, y si el estudio fuese un poco mas castigado y los pensamientos aparecieran mas trabados, nada tendria que envidiar á las mejores. Y á propósito de enlace de ideas, haremos una observacion. Algunos creen que en la oda los cuadros deben sucederse por el mismo orden con que se ofrecen á la fantasia, sin reparar si ese orden es ó no lógico; nosotros pensamos que la poesía lírica exige, como la dramática, verosimilitud, y que ese orden fantástico puede ser, y de hecho es muchas veces inverosímil, aunque sea verdadero. Un poeta, por ejemplo, canta *al viento* y pasa revista, por decirlo así, á las diferentes escenas de la naturaleza en que figura ese elemento de un modo mas grande: habla del águila real, luego del leon africano, despues de las nubes y de la palmera libica en seguida, todo con relacion al viento. ¿Es verosímil ese orden? ¿Es natural? No; lo natural, lo verosímil era que los cuadros que aparecen mas próximos en la creacion, apareciesen tambien mas próximos en la oda, porque esa es la sucesion con que deben ofrecerse á la mente del poeta, y en virtud de este principio, el águila y las nubes, el leon y la palmera, deberian presentarse inmediatos entre si.

Pero sigamos en nuestra excursion crítica, y paremos la atencion en el último canto de esta *Corona*, inspiracion del señor Villar y Macías, como se declara en una nota, « escrito en el mismo metro y en igual número de estrofas que la del maestro LEON á *la vida del campo*; tomando de ella muchos versos íntegros, otros con levisimas variaciones, y guardando en todos las mismas ó semejantes consonancias á las usadas en aquella admirable poesía. » Felicísima ha sido esta idea y no menos feliz su ejecucion, tanto que es bien difícil distinguir la parte que pertenece al poeta antiguo y la que es parte

del moderno; la misma cadencia, el mismo ritmo, igual suavidad de colorido, igual dulzura de sentimientos, igual graciosa negligencia.

¿Qué inefable contento  
Inunda el corazon entusiasmado?  
¿Porqué el sereno viento  
Atruená el redoblado  
Clamor de un pueblo inmenso congregado?

¿Oh gloria! ¿Oh cisne mío!  
¿Oh divino poeta milagroso!  
Yo tu sepulcro umbrío  
Tambien busqué afanoso,  
Siendo un plácido infante candoroso.

.....

Por las auras suaves  
Vuestro cantar sabroso no aprendido  
Alzad, canoras aves,  
Y tú, laurel erguido,  
Corona ese sepulcro bendecido.

.....

Y el sol que centellea  
Reverbera encendido  
En las guirnaldas de laurel florido.

Ténganse su tesoro  
Los que en el vil metal solo confian,  
¿Qué les servirá el oro  
Si necios se desvian  
De la ciencia y virtud que al cielo guian?

¿Cuánta será su pena  
Cuando en la noche de la tumba fria  
Contemplan la serena  
Purísima alegría  
Del que en santos anhelos solo ardía!

Por eso sin mancilla,  
De divina aureola circundada,  
Resplandeciente brilla,  
Aun en la tumba helada,  
La sombra de LEON immaculada.

El señor Villar y Macías abre y cierra dignamente con sus dos notables composiciones la *Corona poética de Fray Luis de Leon*, mostrando en la primera su lozana imaginacion, su buen gusto y estudio en la segunda, y su gran capacidad en ambas.

Los jóvenes cuyos nombres hemos tenido el gusto de mentar, son un patente testimonio de que el fuego sagrado de las musas aun arde y despide vivos resplandores en Salamanca; de que las gloriosas tradiciones de su escuela todavia tienen dignos continuadores, y de que no sin fundamento puede esperar aumentar en el porvenir sus tesoros poéticos. Y no son estos solos los hijos del Tormes que quemen incienso en las aras de Apolo. Sin contar al señor Ruiz de Aguilera, cuyos *Ecos Nacionales* son tan conocidos como justamente apreciados en España y fuera; sin contar tampoco á los señores Madrazo, Gil Sanz (don Alvaro) y Puyol, autores de bellas poesías, aunque mas conocidos como profesores eminentes y hombres de ciencias; don José Doncel y Ordaz, y los señores Sabando hermanos, han publicado colecciones de versos que merecen elogiarse, entre otras razones, por la pureza de la diction y tersura del estilo, en que procuran seguir los pasos de los clásicos españoles, con éxito feliz generalmente, tendencia que no podemos menos de alentar, á fin de que las altas ideas de estos tiempos aparezcan ataviadas con la majestad y esplendor debidos. A los poetas salmantinos, sobre todo, recomendamos conserven su expresion de raza, ya que la Providencia les encomendó la custodia de tan preciados tesoros, que deben ser para ellos estímulo y ejemplo. Espiritualismo, sentimiento religioso y patriótico, ideas grandes, aspiraciones generosas, juntamente con formas clásicas, pero espontáneas, no amaneradas: hé ahí los caracteres distintivos que los herederos de la escuela salmantina deben hacer resaltar en todas sus producciones, para que, siendo dignas de sus inmortales antepasados, lo sean tambien de la memoria y laureles de la posteridad.

G. LAVERDE RUIZ.

**Las obras del bosque de Vincennes.**

Quando los felices resultados de las trasformaciones que el bosque de Boulogne habia recibido ya, animó al emperador á pedir á la municipalidad de Paris otras mejoras como aquellas en el bosque de Vincennes, los ingenieros que hicieron las primeras, presentaron un proyecto, en cuya virtud debia aumentarse el bosque actual, próximo al torreón de Vincennes, con todos los terrenos comprendidos entre Charenton, Saint-Mandé y los fortificaciones, y luego entre Charenton y el Marne, á fin de acercar á Paris el nuevo parque dándole por límite las fortificaciones, y hacerle bajar por el otro

extremo hasta el Marne. Dos lagos colocados uno mas abajo del castillo de Vincennes y otro cerca de la barrera de Picpus, debian ser reunidos por un rio, en tanto que desde un promontorio formando receptáculo detrás de Charenton, se disponia una perspectiva sobre el castillo de Bercy, el torreón, la barrera del Trono y los lagos. Encontrándose estos en las partes bajas del nuevo parque y no en el punto culminante como en el bosque de Boulogne, donde solo pueden distinguirse aquellos que se pasean en sus orillas, se habrian visto de lejos y habrian sido el objeto natural de los paseos.

Las aguas llevadas por un ramal del canal del Ourq hasta el castillo de Vincennes, habrian sido conducidas por medio de máquinas de vapor á los lagos, á los rios y al receptáculo, de donde se habrian utilizado para el riego.

Ya se habia trazado un primer boulevard desde el ferro-carril de Lion que se confundia fuera de las fortificaciones con el camino de Charenton; otro se dirigia de la barrera del Trono á Sainl-Mandé, y por último, el ferro-carril de Vincennes daba acceso á ese parque del Este, que rodeado de verjas como su rival del Oeste, debia ser creado y mantenido con igual lujo.

Para la realizacion de este proyecto se pedian aproximadamente diez y seis millones de francos, ocho para las obras y ocho para la adquisicion de los terrenos. Pero la municipalidad tiene sus fondos comprometidos en empresas de una utilidad mas inmediata, y retrocedió ante tales gastos. Entonces el emperador trazó por su mano propia otro proyecto, reduccion del primero, pero que exigia aun ocho millones y medio repartidos de este modo: compra de terrenos, seis millones; obras dos millones quinientos mil francos.

Como en el plano imperial necesitaba menos terreno hácia Paris, se suprimian las adquisiciones entre lo alto de Charenton y el Marne, y luego se extendia mas allá del castillo de Vincennes, utilizando las partes del bosque por el lado del antiguo convento de Mínimos, que debian enagenarse segun el primer proyecto. Se conservaban los rios y estanques, y aun se añadia un lago inmenso, con una isla en su centro, abierto en forma de media luna en torno de los Mínimos que envolvia casi por todas partes. Las obras debian ejecutarse económicamente sin verjas ni cercados, conservando las propiedades particulares, casas y manufacturas que existen en el perimetro del parque; las aguas del Marne se elevaban para alimentar los lagos y los rios, y quedaba suprimido el riego. La compañía del ferro-carril del Este abria á su costa el lago de los Mínimos, en cambio de la facultad de hacer un empréstito para los trabajos de la línea en el bosque de Vincennes.

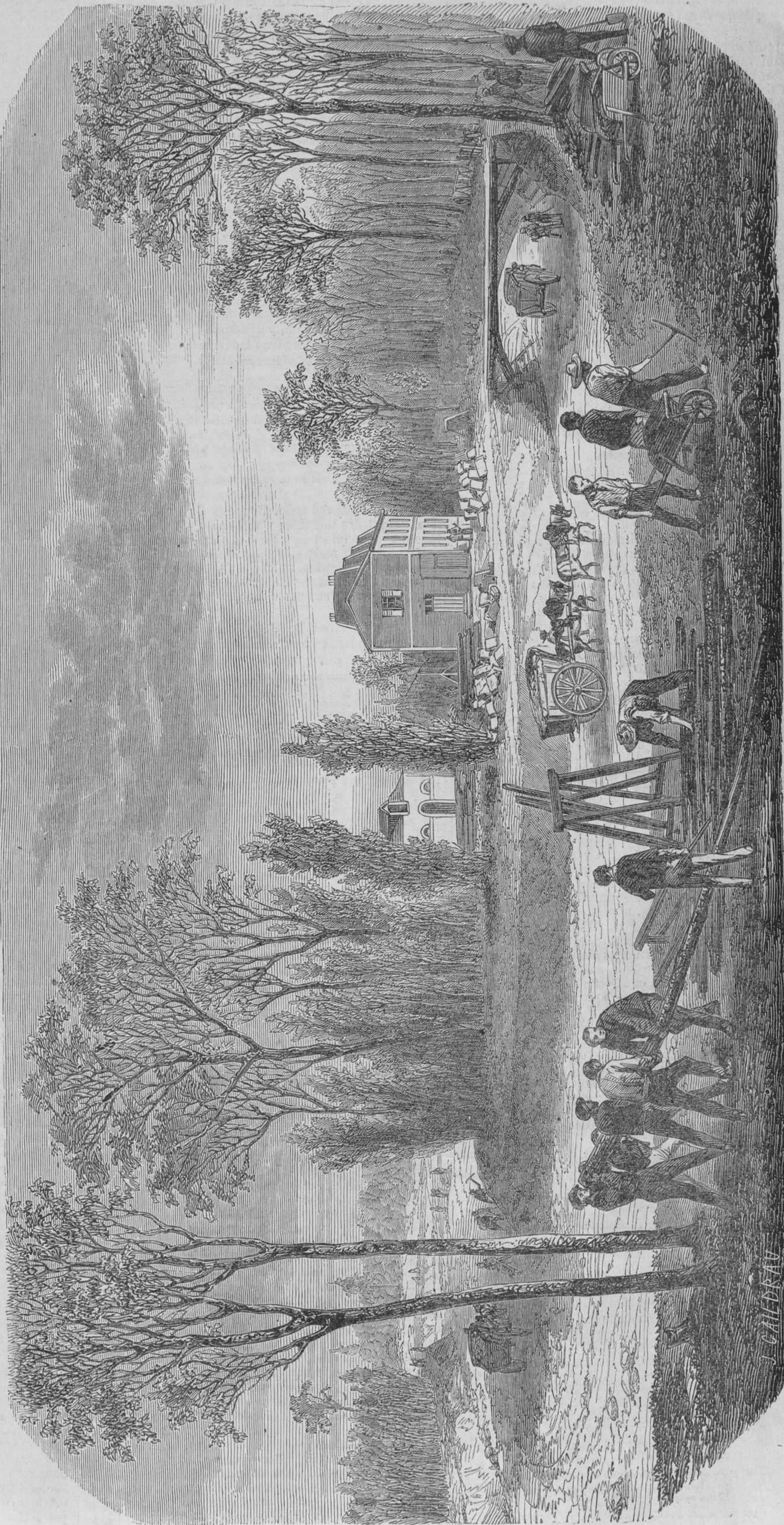
La administracion municipal vaciló otra vez en aumentar su presupuesto con la cantidad pedida; pero S. M. ha emprendido por sí las obras, deseando dotar cuanto antes á los barrios industriales de San Antonio y del Marais de un paseo tan agradable como el que procura á los habitantes de los barrios Saint-Honoré, San German y la Chaussée-d'Antin el bosque de Boulogne.

Bajo la vigilancia directa del emperador y con la intervencion del coronel Bieville, la compañía de los ferro-carriles del Este y su ingeniero M. Bassompierre Sewin, ingeniero de puentes y calzadas, ejecutan las mejoras de que es susceptible el bosque de Vincennes reducido á sus límites actuales. No se hará ninguna compra de terreno, y de los tres lagos proyectados solo se abrirá el de los Mínimos. Las obras para hacer este lago se han comenzado ya, y de ellas publicamos una vista.

En cuanto á las aguas que deberán llenarle, si no bastan los manantiales que cuentan descubrir, se sacarán del Marne por medio de máquinas.

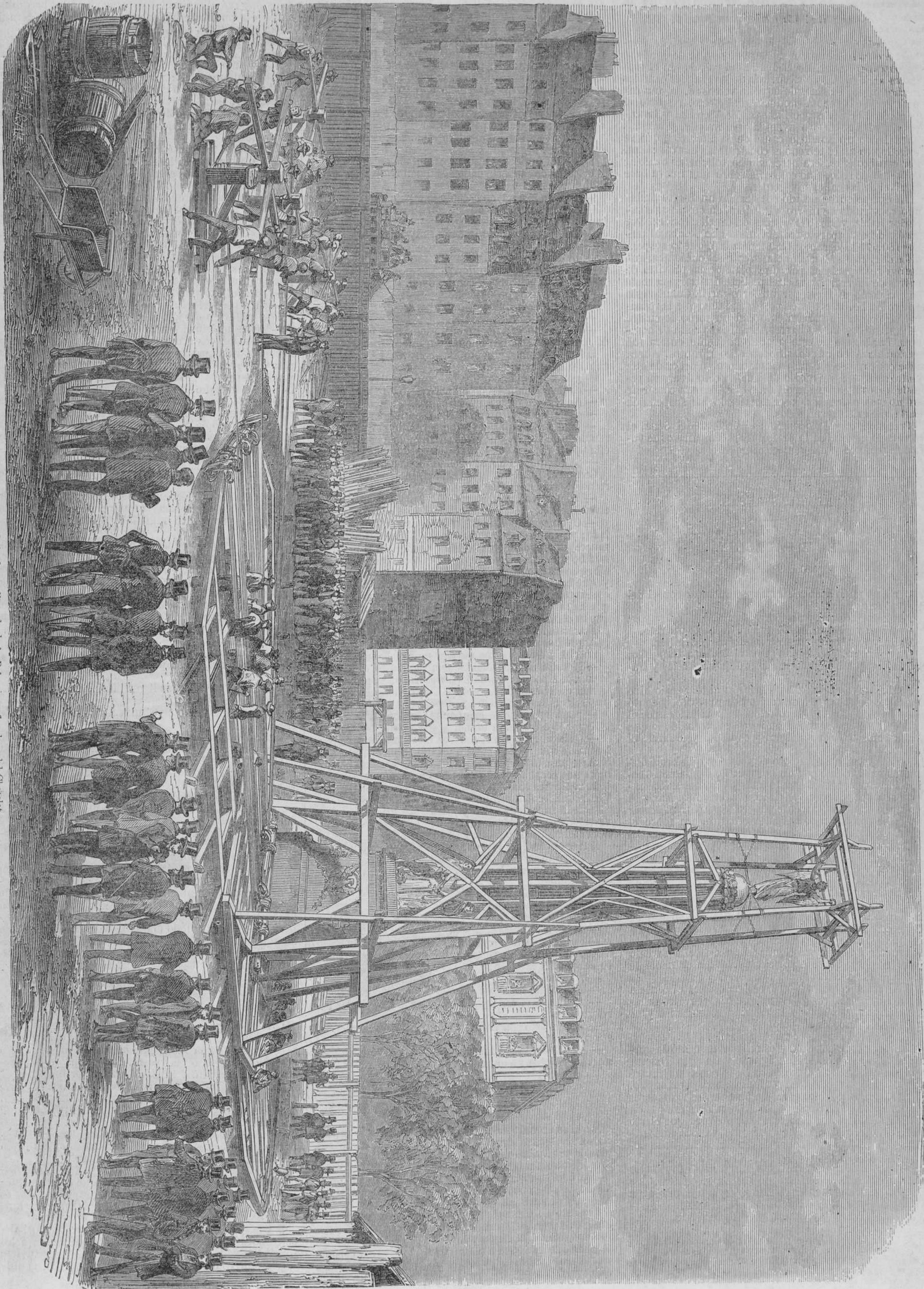
Pero un bonito parque necesita tener un público que le anime, y para atraerle se ha imaginado construir casas en los terrenos que podrán segregarse del bosque; con esto se fomentará la construccion por esa parte que la especulacion ha desdeñado hasta el dia. Por último, mediante la reventa de los terrenos edificados por cuenta de la agencia de las obras del bosque de Vincennes, se cree podrá completarse poco á poco el proyecto en curso de ejecucion, aproximándose lo mas posible al que ha sido trazado por el emperador.

P. B.



Embellcimientos del bosque de Vincennes. Obras del lago.

J. CALDRAY



Traslacion de la fuente llamada de la Palmera en la plaza del Charolet.

### Traslacion de la fuente decorativa de la plaza del Chatelet en Paris.

La traslacion en masa de la fuente de la plaza del Chatelet á otro sitio, unas doce varas mas allá de donde se encontraba, se verificó el dia 22 del pasado sin el mas ligero accidente. A consecuencia de los grandes cambios hechos en los edificios de aquella vecindad, la antigua posicion de la fuente producía mal efecto, respecto al boulevard de Sebastopol, la avenida Victoria, y las casas situadas entre esta avenida y el muelle, y además quedaba en un hondo á causa de la alteracion que se introdujera en el terreno al construir las nuevas calles. Por consiguiente, era necesario no solamente cambiar la fuente de sitio, sino colocarla sobre una nueva base al nivel de las calles adyacentes.

La operacion se efectuó empleando un fuerte andamio construido de hierro y madera, en cuya parte superior habia varios travesaños de mucha solidez. Por medio de este aparato toda la masa que pesaba al menos 180,000 kilogramos (180 toneladas), quedó suspendida mientras se hacían desaparecer sus cimientos, que fueron reemplazados por una plataforma provista de barras de hierro, por la cual pudiese deslizarse la mole entera como si fuese por un ferro-carril. Cuando esto estuvo hecho, la columna con el andamio que la rodeaba fué puesta en movimiento con un torno de cuatro cabrestantes, á cuyas barras hacían dar vuelta 60 hombres. Por medio de este aparato la fuente entera fué trasladada á su nuevo sitio en ocho minutos. Ahora debe construirse un nuevo andamio al rededor de ella y otro aparato, por medio del cual la columna y su pedestal se levantarán á la altura requerida para construir los nuevos cimientos, permaneciendo así suspendida hasta que estén terminados.

Presenciaron esta operacion el prefecto del Sena, el secretario general de la prefectura, acompañados de varios ingenieros y un gentío considerable.

### NOVELAS RUSAS.

#### EL ESPADACHIN.

(Continuacion.)

María no pudo acabar su frase y amenazó con el dedo al jóven oficial.

Perekatof bostezó y abrió los ojos.

— Me parece, murmuró, que he dormido un rato.

María y Kister comenzaron á hablar de Schiller.

Sin embargo, Teodoro no tenia el espíritu tranquilo. Sentía despertarse en él un sentimiento de celos y trataba de dominarle.

Nenila volvió á la sala y entraron el té. Sergio hizo dar saltos á su perro por encima de un palo, y contó cómo le enseñaba él otra porcion de habilidades por el estilo. El animal, como si hubiera comprendido lo que decían, dió varias vueltas muy contento y se lamió el hocico.

Por la tarde hacia un poco de fresco y quisieron disfrutarle paseándose por un bosquecillo de álamos. Teodoro miraba constantemente á la jóven, deseando hacerla señal de que cumpliría con el encargo. María se mostraba alternativamente alegre y pensativa. Kister disertaba con un tono bastante enfático, ora sobre el amor, ora sobre la amistad; pero una mirada escudriñadora de Nenila le interrumpió de repente en su discurso.

Los rayos del sol en el ocaso resplandecían en el horizonte. Delante del bosquecillo de álamos se extendía una ancha pradera; María tuvo deseos de jugar al *gor-elki* (1), y para esto mandaron á llamar á los criados de la casa.... Perekatof se puso delante con su mujer, Kister con María, y comenzaron á correr lanzando gritos ligeros. El ayuda de cámara tuvo el atrevimiento de separar á Sergio y á Nenila; una doncella se dejó coger respetuosamente por el amo. A Kister nadie le pudo separar de su compañera.

Mientras se colocaban otra vez en órden, el corneta dió algunas palabras á María, que con el rostro inflamado por aquel ejercicio le escuchaba sonriendo y se pasaba la mano por el pelo.

Kister se fué despues de haber cenado.

La noche estaba serena y estrellada. Se quitó la gorra; se sentía con el corazon agitado y un poco triste.

— Sí, exclamó, la amo; pero no le hace, justificaré su confianza; la pondré en comunicacion con mi amigo.

Aunque nada demostrara claramente los verdaderos sentimientos de María respecto de Lutchkof; aunque en realidad ella no hubiese manifestado mas que cierto deseo de curiosidad, Kister componía ya toda una novela, y se imponía un deber de conciencia al que inmolaba sus propias inclinaciones.

— Debo hacerlo así, se decía, tanto mas cuanto que hasta ahora solo he sentido por ella un afecto leal.

Habia leído mucho, y por esto se creía hombre sagaz y experimentado. No se daba cuenta á sí mismo de la realidad de sus suposiciones, y no comprendía el ver-

dadero carácter de la vida humana que sin cesar cambia de aspecto y no se renueva nunca.

Poco á poco se exaltó en sus proyectos, y hasta pensó con emocion en la tarea que debía llenar. Ser el mediador entre una jóven tímida y un hombre que quizá parecia tan duro porque todavia no habia podido amar ni ser correspondido; ponerlos en relaciones, explicarles sus propios sentimientos, y luego alejarse sin dejar sospechar siquiera el sacrificio á que se condenaba.... ¡qué resolución tan noble!

A pesar de la frescura de la noche, el rostro del jóven estaba inflamado por el ardor de su pensamiento.

A la otra mañana muy temprano entró en el cuarto del capitán.

Lutchkof fumaba en su pipa sentado en el canapé. Despues de haberle dado los buenos dias Kister le dió con voz solemne:

— He estado ayer en casa de Perekatof.

— ¡Ah! exclamó el oficial con su indiferencia acostumbrada.

— Todos los de la familia son muy amables.

— ¿De veras?

— He hablado de tí.

— Gracias; ¿y con quién?

— Con los padres y... con la jóven.

— ¡Ah! La regordetilla...

— Una jóven hechicera, Lutchkof.

— Todas lo son.

— No la conoces; no he visto jamás una muchacha de una naturaleza tan buena, tan interesante.

Lutchkof comenzó á entonar con voz gangosa una cancion del regimiento.

— ¿No oyes que te estoy hablando de María?

— Estás enamorado de ella, Teodoro.

— No seguramente, ni por pienso.

— ¡Qué locura! ¡Como si fuera posible!...

— Te digo, mi querido amigo, repitió el capitán tarareando de nuevo, que estás enamorado de e... e... e... ella.

— ¡Ah! ¡qué hombre! exclamó Kister impaciente.

Con otro, Lutchkof habria persistido en su idea; pero no queria contrariar á Kister.

— Vamos, vamos, dijo, no nos enfademos, hálame en alemán.

— Oyeme, Avdiei, prosiguió Kister sentándose á su lado; ya sabes que soy tu amigo (Lutchkof hizo una mueca); pero debo confesarte que hay en tí una cosa que no me agrada, y es que no quieras conocer á nadie, que estés empeñado en permanecer en un rincon, y que huyas aun de las personas que te estiman. Sin embargo, hay gentes que deberías frecuentar. Admito que hayas sido engañado en el curso de tu existencia, que tu corazon se haya endurecido, que no quieras trabajar amistad con el primero que se presenta; pero ¿porqué has de evitar á todo el mundo?

Lutchkof seguía fumando con mucha flema.

— Resulta de tus hábitos de aislamiento que nadie te conoce sino yo; los demás, Dios sabe la opinion que tienen de tí... Avdiei, repuso Kister, despues de una pausa, ¿crees en la virtud?

— ¡La virtud! ¡cosa estupenda! respondió Lutchkof. Kister le estrechó la mano.

— Quisiera, prosiguió con voz afectuosa, reconciliarte con la vida. Estoy seguro de tu completa regeneracion; ¡qué júbilo para mí!... Vamos, permíteme que haga mis combinaciones contigo en un momento oportuno... Hoy es lunes... mañana martes... miércoles... Ven el miércoles conmigo á ver á los Perekatof; se alegrarán mucho de verte y pasaremos allí un rato divertido... Ahora, dame una pipa.

Avdiei seguía inmóvil en su canapé.

Kister encendió su pipa, se acercó á la ventana y comenzó á tocar una marcha en los cristales.

— ¿Con qué han hablado de mí en esa casa? dijo de repente Lutchkof.

— Sí.

— ¿Y qué han dicho?

— Desean conocerte.

— ¿Quién lo desea?

— ¡Hola! ¿ya te haces curioso?

Avdiei llamó á su asistente y le mandó que ensillara su caballo.

— ¿Adónde vas?

— Al picadero.

— Avdiei, está convenido. ¿Iremos á casa de los Perekatof?

— Sí, contestó con indolencia Lutchkof extendiéndose en el sofá; iremos.

— ¡Qué hombre! murmuró Kister; y salió muy pensativo y suspiró hondamente.

#### IV.

María se acercó á la puerta de la sala cuando anunciaron la llegada del capitán y del corneta; luego subió con precipitacion á su cuarto y se miró al espejo... Su corazon latía con fuerza.

Una doncella entró á decirle que la esperaban en la sala. María bebió un vaso de agua, se detuvo en la escalera, y al fin bajó.

El padre habia salido; la madre estaba sentada en el canapé; Lutchkof en un sillón con su chacó entre sus rodillas; Kister se habia puesto á su lado.

Ambos se levantaron al acercarse la jóven, el corneta con su sonrisa suave y afectuosa, Lutchkof con un aire grave y violento. María les saludó algo cortada, y luego

se fué junto á su madre. No obstante, en breve se serenó y observó al capitán, que respondía á las preguntas de Nenila con brevedad, pero con tono inquieto; era tímido como todas las personas vanidosas.

Nenila propuso á los jóvenes un paseo por el jardín, y se salió al balcon. No se creía obligada á tener siempre á su hija colgada del brazo, como la mayor parte de las madres que viven en provincias.

El paseo duró largo tiempo. María habló mucho con Kister, pero no se atrevía á mirarle, ni tampoco miraba al capitán. Este no decía nada. En cuanto al corneta se hallaba como excitado, y reía y charlaba que era un portento.

En el paseo tocaron á un arroyo; á pocos piés de su orilla, un hermoso lirio acuático extendía su fresca corola en la superficie serena del agua.

— ¡Qué flor tan bonita! exclamó la jóven.

Apenas habia pronunciado estas palabras cuando Lutchkof sacó su sable, alcanzó el tallo delicado, é inclinándose un poco logró cogerla.

— ¡Cuidado! exclamó María asustada; hay mucha profundidad en ese sitio.

Lutchkof trajo la flor con la punta del sable hasta la tierra á los piés de María que la tomó, mirando al capitán con una expresion risueña y dulce.

— ¡Bravo! exclamó Kister.

— ¡Y no sé nadar! añadió Lutchkof.

Esta reflexion desagradó á María.

— ¿Qué necesidad tenia de decírmelo?

Los dos amigos prolongaron su visita hasta por la noche. María experimentaba algo de inusitado. Mas de una vez se mostró pensativa; andaba con mas lentitud y no se separaba de su madre, antes bien la interrogaba á cada instante con sus ojos.

Lutchkof la prodigó algunas atenciones con mucha cortedad, pero aun esta circunstancia lisonjeaba su inocente amor propio.

Cuando se marchó con su amigo prometiendo que volvería próximamente, María se fué á su cuarto y miró con ojos atónitos cuanto la rodeaba.

Nenila se acercó á ella, la acarició y la besó como de costumbre.

María entreabrió los labios, pero no pudo pronunciar una palabra. Quería hacerla una revelacion y no sabia qué decir; su espíritu se hallaba profundamente turbado.

Al acostarse puso en un vaso de agua la flor que Lutchkof habia cogido, colocó el vaso en la mesa de noche, le tomó en sus manos cuando estuvo en la cama, y besó con sus labios candorosos los frescos pétalos de aquella flor preciosa.

— ¿Con qué te han gustado los Perekatof? preguntó Kister á su amigo en la mañana siguiente; ¿no tenia yo razón, amigo mio?

Lutchkof no respondió.

— Habla pues.

— A la verdad, no sé qué decir.

— ¿Cómo?

— Sí... esa jóven... ¿se llama María, no es cierto?... María, no me parece mal.

— ¡Al fin has dicho algo! murmuró Kister, y guardó silencio.

Cinco dias despues el capitán pidió á su amigo que le acompañara á casa de los Perekatof. Solo no se atrevía á visitarlos. En la ausencia de Teodoro habria tenido que sostener la conversacion y retrocedía ante una tarea semejante.

En esta segunda visita, María no se halló tan cortada y se alegró de no haber hecho ninguna confidencia á su madre.

Antes de comer, Avdiei quiso montar un caballo indómito, y á pesar de los saltos y del brio del fogoso alazan, consiguió dominarle.

Por la tarde se mostró muy alegre y se chanceó de un modo insólito; y aunque en breve conoció que debía moderarse, conoció tambien que con lo hecho habia habido suficiente para producir en María una impresion poco grata. La jóven no podia precisar qué sentimiento despertaba en ella; y todo lo que la parecia desagradable en aquel hombre singular, lo atribuía todavia á la influencia de su desgracia y al aislamiento en que se hallaba sumergido.

#### V.

Los dos amigos renovaron con frecuencia sus visitas. La situacion de Kister se hacia mas penosa cada vez. No se arrepentía de la resolucion que habia tomado, pero deseaba abreviar lo mas posible el tiempo de la prueba. Su inclinacion á la jóven crecia por instantes, y María le manifestaba una benevolencia señalada. Pero ser solo un mediador, un confidente y hasta un amigo, era para él un papel difícil y doloroso. Las personas que friamente pueden entusiasmarse, producen hermosas disertaciones sobre la santidad y la grandeza del dolor. Para un corazon sencillo y ardiente como el del jóven oficial, el dolor no tenia ningun hechizo.

Un dia Lutchkof fué á buscarle para otra de sus visitas ordinarias. Teodoro le respondió que deseaba quedarse en casa. En vano el capitán le suplicó y aun se enfadó con él; Kister pretextó un dolor de cabeza, y Lutchkof debió marcharse solo.

El espadachin estaba muy cambiado; ya no turbaba la tranquilidad de sus compañeros, ni perseguía á los recién entrados en el regimiento. Aunque no estuviese regenerado como Kister pronosticó, se hallaba no obstante mucho mas sereno.

(1) Es un juego en que se colocan de dos en dos y una persona se pone delante. — Las personas colocadas detrás echan á correr, y la que está delante trata de desunirlas cogiendo á una. La que se queda sola se pone delante de ella á su vez.

Nunca había merecido ser considerado como un hombre desengañado, pues no había visto ni sentido nada, y así era muy sencillo que la imagen de María le ocupase. Por lo demás no se había ablandado su corazón; únicamente su naturaleza biliosa se había apaciguado.

En cuanto á la joven experimentaba con respecto á él un sentimiento singular. No le miraba nunca á la cara ni podía hablarle. Cuando por casualidad se quedaba sola en su compañía un momento, experimentaba una especie de terror involuntario. Le miraba como un ser sin igual, se imaginaba que ella no le comprendía, y no le podía inspirar confianza ninguna; pensaba en él con inquietud, con tristeza, pero constantemente.

Por el contrario, la presencia de Kister la agradaba mucho, si bien no la causaba una viva emoción de júbilo; con él podía conversar horas enteras, apoyarse en su brazo como en el de un amigo, mirarle afectuosamente, complacerse en su sonrisa, y sin embargo rara vez pensaba en él. Para ella Lutchkof era un enigma; el carácter de ese hombre taciturno le aparecía como una selva tenebrosa cuyas profundidades deseaba penetrar, así como los niños inclinados sobre el brocal de un pozo quieren ver lo que hay en el fondo de un agua negra é inmovil.

Al ver á Lutchkof entrar en la sala, María sintió al pronto algo de indefinible, pero luego se alegró de la visita. Pensaba que una explicación entre los dos pondría fin á una situación tan anómala.

El capitán anunció que su amigo estaba indispuerto. Nanila y Sergio se compadecieron de su dolencia, pero María miró á Lutchkof con incredulidad y esperó impaciente lo que debía suceder.

Después de la comida se encontró sola con Lutchkof. No sabiendo qué hacer se sentó al piano; sus dedos recorrieron con presteza y convulsivamente las teclas de marfil; mas luego se detuvieron, y la joven esperó á que Lutchkof la dirigiera la palabra.

Lutchkof ni comprendía la música ni era aficionado á ella. María le habló de Rossini que comenzaba á estar á la moda, y de Mozart.

Avdiei la respondió con algunas palabras cortadas: Sí... No... Sin duda... Muy bonito.

La joven tocó unas variaciones brillantes sobre un tema de Rossini. Lutchkof escuchaba, y cuando ella se volvió hacia él vió pintado en el rostro del capitán un aburrimiento tan profundo que se levantó y cerró el piano.

Lutchkof continuó en su puesto sin pronunciar una palabra.

— ¡Cómo! exclamó la joven con impaciencia; ¿no quiere ó no puede hablar?

Por su parte el capitán estaba muy cortado. De nuevo se veía subyugado por su desconfianza ordinaria, de nuevo desesperaba de sí mismo.

— El diablo, se decía, me ha puesto á mí en comunicación con esta muchacha.

No obstante, en aquel momento muy fácil habría sido para él interesar á María. Todo lo habría comprendido, todo lo habría perdonado y aceptado de aquel hombre de quien se formaba una idea tan singular.

Pero ante aquel silencio profundo, lágrimas de despecho humedecieron las mejillas de María.

— Si no quiere explicarse, decía, si no sé merecer su confianza, ¿porqué viene aquí tan á menudo? Quizá será preciso que provoque yo las explicaciones.

Y de repente se volvió y clavó en él una mirada tan apremiante, que Lutchkof no pudo continuar callado.

— María Serjeievna, balbuceó, os... tengo una cosa que deciros.

— Hablad, respondió María con presteza.

El capitán arrojó en su derredor una mirada inquieta.

— Ahora no, repuso.

— ¿Y porqué?

— Porque quisiera que estuviésemos solos.

— Solos estamos.

— Sí, pero no aquí.

Esta respuesta ponía en un apuro á la joven.

— No obstante, se dijo, si digo que no, todo está acabado.

La curiosidad perdió á Eva.

— Pues bien, exclamó, acepto.

— ¿Dónde y cuándo?

María reflexionó un instante.

— Mañana por la tarde, contestó; ¿conoceis la selva cerca de Dolguin?

— ¿Detrás del molino?

María hizo una señal afirmativa.

— ¿A qué hora?

— Me esperareis.

No pudo decir mas; su voz estaba como sofocada en su garganta; se puso muy pálida y corrió á su aposento.

Un cuarto de hora después Perekatof acompañaba al capitán hasta la antesala, y con la cortesía que le era propia, le estrechaba la mano amistosamente, y le decía que volviera pronto.

Después de esta despedida se retiró á su cuarto, se sentó en el sofá y no tardó en dormirse.

Por la noche Nenila dijo á María:

— ¡Qué pálida estás hoy! ¿Te sientes mala?

— No por cierto.

Nenila arregló el pañolito que llevaba á la garganta.

— Muy pálida estás. Mirame, añadió con ese acento de solicitud maternal en que despunta siempre algo de imperioso. Tus ojos carecen de su frescura ordinaria; ¿te duele algo, María?

— Un poco la cabeza, respondió la joven por decir algo.

— ¡Ah! Lo adiviné; sin embargo, no siento calor, repuso la madre poniéndole la mano en la frente.

María se bajó á recoger un alfiler del suelo.

Nenila tomó del talle á su hija con mucho cariño.

— Creo que tienes algo que decirme.

María se estremeció.

— No, nada... nada, repuso.

Pero aquel movimiento fugitivo no escapó á los ojos maternales.

— ¿De veras? vamos... reflexiona...

María había recobrado su serenidad, y en vez de responder, besó la mano de su madre.

— ¿Con qué nada tienes que decir?

— Nada.

— Te creo, exclamó Nenila después de un momento de silencio. Sé que no me ocultarás ninguna cosa, ¿no es verdad?

— Seguramente.

Y sin embargo, María no pudo menos de sonrojarse.

— Muy mal estaría en tí el tener secretos conmigo... sabes cuánto te quiero.

— ¡Ah! sí.

— Basta pues. Pero dime, añadió con el tono de una persona que hace una pregunta insignificante: ¿de qué has hablado hoy con Avdiei?

— ¿Con Avdiei? repitió la joven con frialdad, de nada particular.

— ¿Te agrada?

— No digo que no.

— ¿Te acuerdas cuánto deseabas conocerle y qué agitación te produjo su venida?

María se volvió un poco confusa.

— ¡Es un hombre original! añadió la madre con una bondad calculada.

La joven quiso defender á Lutchkof, pero supo contentarse á tiempo.

— Muy original efectivamente, añadió con indiferencia; pero tiene buenas cualidades.

— No lo dudo.... ¿porqué no ha venido hoy su amigo?

— Estaba indispuerto... A propósito, Teodoro quiere regalarme un perro... ¿lo permites?

— ¿Que te lo regale?

— Sí.

— Seguramente.

— Gracias, madre mia.

Nenila dió algunos pasos hacia la puerta, pero luego se volvió á la joven y la dijo:

— ¿Te acuerdas de la promesa que me has hecho?

— ¿Cuál es?

— La de confesarme tus amores.

— Sí.

— ¿Y todavía no tenemos nada?

María se echó á reír.

— Mirame, la dijo su madre.

La joven la miró con mucha serenidad.

— No lo creo, no puede ser, se dijo Nenila con mas calma. Me engañaba... ¿de dónde me vino tal idea?... Es una criatura...

Y salió.

— ¡Ay! hago mal, exclamó María.

## VI.

Kister estaba ya en la cama cuando Lutchkof entró en su cuarto. Era muy raro que la fisonomía del espadachin no manifestase mas que una emoción; esta vez manifestaba á un tiempo una indiferencia afectada, una alegría grosera, el sentimiento de su superioridad y muchos sentimientos contradictorios.

— ¿Qué noticias hay? preguntó Kister con presteza.

— Ninguna; los he visto, me han dado expresiones.

— ¿Todos están buenos?

— Sí.

— Preguntaron porqué no te acompañaba yo?

— Creo que sí.

Lutchkof alzó los ojos al techo y se puso á tararear una canción desafinando mucho. Kister tenía los ojos bajos y meditaba.

— ¡Ah! exclamó el capitán con una voz meliflua, tú eres un hombre instruido, de talento, y sin embargo, permítame que te diga que te engañas en muchas ocasiones.

— ¿Cómo pues?

— Verbigracia, en tus ideas acerca de las mujeres. Las exaltas demasiado; te gusta leerlas los versos que las preconizan, á tus ojos todas son ángeles... ángeles del cielo.

— Respeto á las mujeres; pero...

— Está bien, está bien, no quiero disputar contigo; yo soy un hombre ordinario.

— Quería decirte que... pero ¿cómo es que precisamente á estas horas te pones á hablar de las mujeres?

— Mis razones tengo para ello, contestó Lutchkof sonriendo con malicia.

Kister le observaba atentamente. En su inocencia se imaginó que María había quizá afligido y atormentado al capitán como saben hacerlo las mujeres.

— Estás apesadumbrado, pobre amigo mio, le dijo Kister.

Lutchkof soltó una carcajada.

— No tengo motivos para ello, contestó Avdiei.

Y luego añadió con tono de pedagogo:

— Quería si hacerte notar que te engañas respecto de las mujeres. Todas están cortadas por el mismo patron, y no merecen lo que uno hace por ellas. Ahí tienes á María Perekatova...

— ¿Y bien?

Lutchkof dió una patada en el suelo y meneó la cabeza.

— Cualquiera diría que yo estoy dotado de un atractivo particular; nada es menos cierto, y sin embargo tengo una cita para mañana.

Kister se incorporó en su lecho, y miró á su amigo con asombro.

— Para mañana por la tarde cerca de la selva, repuso lentamente Lutchkof. No des á esto mas importancia que yo; la joven es bonita, eso no es malo; yo no pienso en casarme, sino en distraerme.... oiremos cantar los ruiseñores... ¿Qué te parece el caso?

Lutchkof siguió hablando de burla, pero Kister ya no le escuchaba, experimentaba una especie de vértigo, se pasaba la mano por el rostro, pálido como la cera, en tanto que el capitán le observaba guiñando los ojos, columpiándose y extendiéndose en una butaca. Atribuía á celos la emoción de su amigo, y esto le causaba un placer muy grande.

Y sin embargo, lo que afectaba tanto á Teodoro en aquel momento no eran los celos, sino la fria indiferencia, la ironía brutal con que Lutchkof hablaba en aquel instante de la joven. Seguía con los ojos clavados en el espadachin, y parecía que por primera vez descubría claramente sus facciones. ¡Aquel era el hombre de quien se había ocupado! ¡Por aquel hombre había sacrificado su propia inclinación! ¡Y tal era el resultado del amor!

— Avdiei, preguntó al fin, ¿no me tienes ningun cariño?

— ¡Oh inocencia! ¡oh Arcadia! repuso Lutchkof con una sonrisa estúpida.

Sin embargo, el buen Kister resistió aun á esta respuesta.

(Se continuará.)

## Curiosidades inglesas.

(Véanse los números 272, 275, 276, 277, 278, 279 y 280.)

## BATTING SPORTS.

La historia ofrece los mismos elementos de barbarie en el origen de todos los pueblos; solo con el progreso del gusto se dulcifican las costumbres. ¿Qué nación no ha tenido sus juegos crueles, sus espectáculos sangrientos? La Grecia que debía ser la cuna de las artes, tuvo sus gladiadores; pero conviene notar que el genio griego, inclinado instintivamente hacia lo bello, se aplicó á hacer predominante esta tendencia natural hasta en sus exhibiciones groseras de la fuerza brutal; el gladiador tenía que «sucumbir con gracia.» ¡Dichosas las naciones dotadas de una imaginación viva, de un gusto fino, de una sensibilidad delicada! La rudeza de las costumbres no es en su vida mas que un accidente pasajero.

Sin embargo, cuando hallo yo en el mundo los mismos errores y preocupaciones que la historia de la humanidad señala hace tantos siglos, confieso que decae mi fe en la perfectibilidad moral del hombre y de las sociedades. Si se estudiaran atentamente las costumbres de los pueblos modernos, quizás nos convenceríamos de que las resoluciones operadas han tocado á los usos que son en cierto modo la expresión de las costumbres, mas que á las costumbres en su fondo. Además hay algunas buenas razones para que estas sobrevivan á los cambios que la opinión las impone en la forma. Entra con efecto, en la composición de todos los pueblos nuevos una levadura antigua, que fermenta continuamente en la masa y acaba por asimilar razas diferentes bajo el ascendiente inflexible de una ley natural que subordina á las influencias del clima nuestras inclinaciones y nuestras actitudes. De aquí se forma el carácter general de una nación, del que se desprenden las costumbres.

Mas de una vez ya á propósito de algunos usos particulares de la Inglaterra, hemos tenido ocasión de hacer notar que las costumbres de ese país conservaban aun el sello de la rudeza sajona. Seria erróneo atribuir á la educación un defecto que resulta de la organización misma de los ingleses. Con cualidades sumamente estimables, el inglés carece de esa viveza de imaginación que favorece las artes, así como tambien de esa sensibilidad exquisita que se manifiesta por medio de sentimientos dulces y benévolos; por eso se acostumbra á decir que es flemático. Tambien se ha dicho de ese pueblo que era cruel porque se le ha visto implacable. Hace mucho tiempo que Montesquieu señalaba esa disposición singular que arrebatava al inglés todos los gozes delicados: «He visto, dice, las óperas de Inglaterra y de Italia; son las mismas piezas y los mismos actores; pero la misma música produce efectos tan distintos en las dos naciones, la una se muestra tan serena, la otra tan exaltada, que esto parece inconcebible.»

Y no es todo aun: esa sangre fria hace que un inglés pueda sostener estóicamente el espectáculo del dolor físico. En prueba de ello no hay mas que recordar las horribles diversiones que en todos tiempos han hecho las delicias de la Inglaterra. Todo el mundo conoce la popularidad del pugilato. Sin duda, la legislación mas adelantada que las costumbres quiso acordar estas «con el progreso de las luces;» suprimió la publicidad de esas diversiones, pero no pudo cortar su boga. Estos espectáculos bárbaros, proscritos en público, al menos en apariencia, hallaron un refugio en el principio absoluto de libertad que trasforma cada casa en una fortaleza, don-

de casi se puede hacer todo lo que se quiere, con tal de que no se queje nadie. Ahora bien, gracias á un sistema de tolerancia reciproca, que equivale á una especie de seguro mutuo contra la ley, nadie se queja.

Es cierto que una sociedad de hombres caritativos tiene emprendida la tarea de contribuir al cumplimiento de la ley, concurriendo especialmente á la represion de los actos de violencia que hieren el sentimiento de la humanidad. La intervencion de esta sociedad podia ayudar mucho á la dulcificacion de las costumbres públicas. Por desgracia, parece se ocupa nada mas que en la supresion de un abuso: quiere la abolicion del látigo en la mano del cochero, de la espuela en el talon del ginete, del rejon en la vara del boyero; es una ilusion como otra cualquiera. De todos modos, la sociedad real para la represion de los malos tratamientos contra los animales funciona incesantemente.

Todo envejece y todo pasa; pero nada puede compararse con la fragilidad de las instituciones de la moda. Despues de haber excitado un fanatismo increíble, las riñas de gallos cayeron en decadencia, y aun el mismo pugilato ha perdido su antiguo esplendor, como saben ya nuestros lectores. Pero es preciso honrar siempre un pasado glorioso con alguna cosa que le recuerde. Esta inconstancia del pueblo inglés por dos diversiones que tanto le apasionaron, se explica por la inconstancia de nuestros gustos; las pasiones antiguas necesitan objetos nuevos. La inestabilidad de nuestras afecciones da una idea bien exacta de los limites estrechos del corazon humano. Una revolucion del gusto viene á desacreditar de repente dos clases de espectáculos que reflejaban la inclinacion mas viva del caracter nacional, sin atacar á esa inclinacion en su fondo. A las riñas de gallos sucedieron los combates de ratas que excitan el mismo entusiasmo y parecen destinados á la misma boga.

Este cambio es en realidad una transaccion extraña con el sentimiento de la humanidad; ¿quién puede interesarse por las ratas? Pero aun no era bastante para los mas formalistas, y ha habido un panegirista del *Ratting-Sport* que eleva estos combates á la altura de un importantísimo servicio hecho á la prosperidad de la Inglaterra. Bajo el pseudónimo del *Tío Tomás*, un escritor que nos parece ha confundido sus antipatías con las del honorable Jemy Shaw, dueño de la taberna del *Ancora Azul* en Lóndres, y uno de los patronos mas brillantes del *Ratting-Sport*; un escritor que á mayor abundamiento ha estudiado detenidamente la historia natural de la rata, se encargó de justificar por medio de consideraciones del orden mas elevado, una diversion que considera excelente. Traducimos el título de su obra al pie de la letra.

RATA !!!

RATA !!! RATA !!!

« *Tratado sobre la naturaleza, la fecundidad y el carácter devastador de la rata, la pérdida desastrosa que ocasiona la nacion, con los mejores medios para exterminarla.* »

El mejor medio de destruir esa raza pestífera, enemiga de toda limpieza, consiste segun el autor, en un sistema de fomento de los *rats-pit* (1), zanjas de ratas que sirven para una diversion particular de que hablaremos ahora. Creemos que aquí el economista desaparece y le reemplaza el aficionado á los *rats-killing*. Pero á pesar de todo, el tratado en cuestion contiene algunas noticias que sin duda se leerán con algun interés. Las costumbres de las ratas se han estudiado poco hasta aquí; esta es una verdad que debe reconocerse.

(1) Llamamos *pit* el patio de un teatro. Los *rats-pits* se forman con cuatro tabloncillos portátiles de algunos metros de largo y de una altura que llega á la mitad del cuerpo de un hombre, que se levantan en medio de una sala. La parte alta de cada ángulo del *pit* está cubierta con una tabilla que cierra esa salida vertical, pues las ratas se amontonan siempre en un rincon, llegando á veces el grupo á la mitad de la tabla.

El tío Tomás ha tenido el laudable pensamiento de llenar los claros que un estudio superficial dejaba subsistir en la historia natural del animal que, segun Buffon, tiene la mirada mas feroz; á esto se aplicó concienzudamente, y ha sabido desempeñar su tarea.

ni leyes religiosas que las gobiernen, de suerte que llamarlas socialistas, comunistas ó ratas, me parece todo uno.»

Sobre la fecundidad de estos animales, hé aquí ahora los cálculos del tío Tomás, cálculos cuya exactitud merece la aprobacion de Jemy Shaw y Sabin, dos naturalistas de nombradía entre los aficionados á los combates de ratas: «Las personas que me han informado, dice el autor, aseguran en primer lugar, que las ratas tienen seis, siete y ocho camadas anualmente, y que su fecundidad dura tres y cuatro años; en segundo lugar que se cuentan de doce á veinte y tres hijuelos por camada, y que las ratas jóvenes pueden criar á tres meses; y por último, que la relacion de las hembras á los machos es de diez á seis.»

Tomando por base de un cálculo un poco menos de la mitad de cada uno de estos datos, lo que es dejar mucha márgen al extravío de las observaciones, el tío Tomás establece que una pareja habrá producido al cabo de tres años 646,808 ratas que consumirán diariamente la sustancia de 64,680 hombres. El mal es terrible pues, y pide un remedio fuerte; el tío Tomás rechaza todo lo conocido, y se pronuncia por los combates de ratas. A todas las clases de la sociedad dirige su tratado, pero principalmente á los labradores, á quienes intenta persuadir ofreciéndoles el cuadro de los destrozos que las ratas ejercen en las cosechas. Esta pintura horrorosa concluye con el rasgo siguiente de un laconismo imponderable:

«Las ratas constituyen un abono precioso para las tierras; es preciso pues que se establezca en cada localidad un *pit* para los combates de ratas.»

Habria podido añadir que la industria ha conseguido curtir la piel de esos animales, y hace con ella un gran comercio conocido bajo el nombre de guantes de Suecia; así habria asociado al comercio inglés á su proyecto.

Pero lleguemos ya á los combates de ratas considerados como un ramo del sport nacional.

Ya hemos dicho que la moda comunicó un gran impulso á los *rats-killing*, y así fué que se aumentó considerablemente el número de los establecimientos consagrados á esa clase de diversion: Lóndres está hoy bien provisto de *ratting-houses*. Tratemos de hacer comprender á nuestros lectores la gracia de un combate de ratas.

Nada es mas sencillo; todo ello consiste en hacer inmolar por un perro, un huron ó un gato, generalmente por el primero de estos animales, el mayor número de ratas que es posible matar en menos tiempo. Tal es la diversion que, á decir verdad, no me parece impregnada de un gran interés, ni aun para un inglés que por temperamento no es hombre de divertirse mucho; pero ofrece un gran atractivo, cual es el de abrir un nuevo campo á las apuestas.

Se necesita cierto valor para presenciar sin repugnancia escenas semejantes; así como para poder soportar la vista del hombre que se hace el abastecedor de esas horribles tiestas. La industria del *rat-catcher*, ó cazador de ratas, es seguramente una de las mas curiosas que el afán del lucro haya podido sugerir al hombre. Véase con qué serenidad ese atrevido negociante manipula su mercancia! En su confianza cuando introduce la mano

en la jaula llena de víctimas, parece un pajarero que quiere coger un pájaro sin defensa. Debe advertirse que posee una destreza singular para coger á una rata por el rabo. ¡Con qué agilidad la saca de la jaula para lanzarla al *pit*!

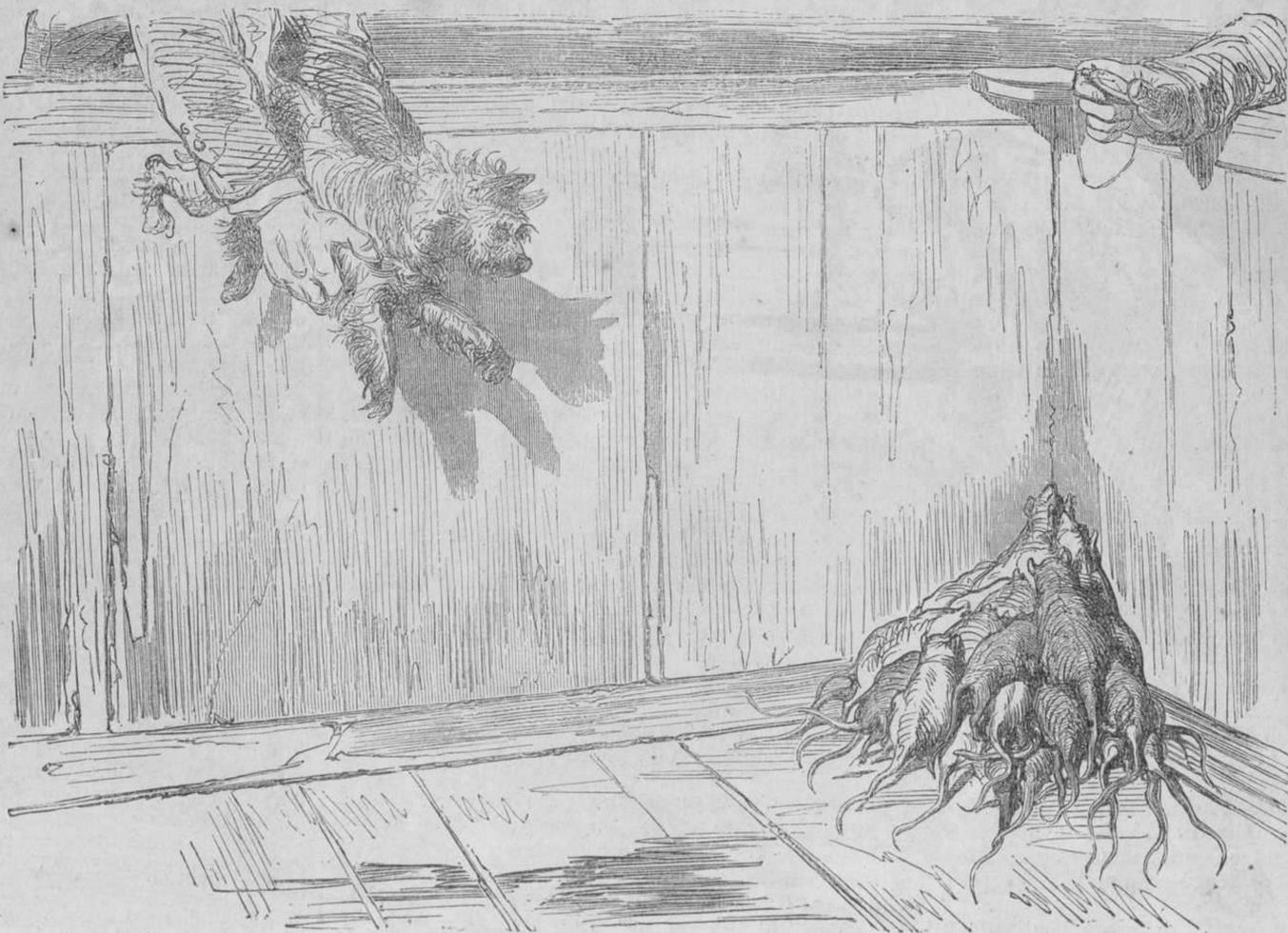
Sin embargo, como casi todos los comercios, este tiene tambien sus fraudes. No sé si puede haber engaño en cuanto á la calidad de la mercancia; pero aseguro, porque lo he visto, que le hay en la cantidad. Hé aquí la estratagemá: el que cuenta las ratas deja deslizar en el bolsillo de su paletó uno de esos animales que hace ademán de arrojar al *pit*. El *rat-catcher* sabe por experiencia que la rata no se escapará de su bolsillo, sobre todo en presencia de los perros. Entre todas las cosas que pueden ser robadas, ¿quién habria imaginado nunca que se debe contar una rata viva?

Estas son las reglas



El rat-catcher (cazador de ratas.)

Todo es erróneo en este punto, exclama el tío Tomás; y luego añade: «Hé aquí otra preocupacion acerca de las ratas; se cree que viven entre sí en un estado de hostilidad permanente, cuando por el contrario se encuentran siempre reunidas á centenares y á miles; son comunistas ó socialistas, en el sentido mas riguroso de la palabra, que viven juntas en una verdadera sociedad y en comun hartándose en la holganza con los artículos que arrebatan á la industria. No tienen ni leyes civiles



El Pit (lugar del combate.)

que se aplican mas generalmente y en las mejores casas consagradas á los *rats-killing*. Cada perro debe destruir tantas ratas como libras pesa. Si el peso del perro da una fraccion de la libra superior al cuarteron, deberá matar una rata mas, si no se ha estipulado lo contrario. El nombre y apellido del dueño del perro, el nombre, el color y el peso de este se consignan en un billete que echan en un sombrero. Se eligen un perito y un *time-keeper*, encargado de contar el tiempo. Se saca al acaso del sombrero uno de esos billetes; se arrojan al *pit* las ratas que corresponden y se llama al dueño del perro que debe entrar en la arca. Un padrino tiene en sus manos el perro y le lanza al *pit* en cuanto el hombre del reloj pronuncia esta palabra: *Time*. Le está prohibido al padrino el tocar al perro ó á las ratas hasta que estas hayan muerto. Si uno de los dueños de los perros que están en la apuesta se figura que las ratas no están muertas del todo, cuando ya se ha sacado al perro del *pit*, el padrino deberá aclarar la duda pisando los rabos de las ratas, y si dan señales de vida, arrojan otra vez el perro para que acabe con ellas. Cada dueño suministra el número de ratas que debe matar su perro.

Las apuestas son de dos clases: un dueño apuesta que su perro matará tantas ratas en un tiempo determinado, ó que las matara en tiempo indeterminado, teniendo solo en cuenta la diferencia del tiempo en la diferencia de los combates.

Los perros que se emplean por lo comun en estos ejercicios son de diferentes clases de cachorros de Lóndres, que tienen un cuerpo de hierro y una sagacidad maravillosa para este ejercicio. Dicen los inteligentes que los buenos deben pesar entre seis y diez y seis libras; con mas se hace demasiado pesado para el objeto, sin contar que necesitaría un número muy crecido de ratas; así es que se prefieren los perros pequeños. El ejercicio del *pit* requiere audacia y mucha sutileza en la maniobra. La rata suele defenderse con vigor antes de dejarse coger por los riñones, y una vez cogida puede volverse y morder cruelmente á su adversario en el hocico. Pero este por un prodigioso instinto de dinámica, meneá su cabeza y columpia á la rata con un movimiento alternativo sumamente rápido. La fuerza centrífuga domina entonces toda posibilidad de contracción muscular, y la rata paralizada solo posee un grito para manifestar su furor y su agonia.

Como los demás ramos del sport el *rat-killing* tiene sus anales. Si se reflexiona cuanto ha de trabajar un

perro y cuán grande ha de ser su valor para que adquiriera celebridad en el *pit*, puede afirmarse que hay muchos hombres que se han hecho ilustres á menos costa. Además la gloria es la recompensa mas preciosa del valor. Ignoro si los perros quieren gloria, pero si he

gunos nombres de los mas conocidos, segun el orden de nuestros recuerdos. *Jenny Lind*, de M. James Seartes, destruyó 30 ratas en 2 minutos; *Rosa*, de M. Currie, 15 ratas en 1 minuto 5 segundos; *Beauty*, 20 ratas en 3 minutos; *City* y *Principe* (este último de 5 libras de peso), destruyeron cada uno 100 ratas una tras otra; *Tip*, del mismo peso, 100 ratas en 7 minutos; *Tiny*, perteneciente á M. Shaw, perrilla de cinco libras y media, hija del viejo *Dick* y de la vieja *Nell* (dos nombres ilustres de *ratters*), ha figurado ya en mas de 50 batallas, en las cuales ha destruido mas de 2,500 ratas, sin contar las pruebas particulares que arrojan un total de 1,200 ratas. Este prodigio, que llaman con razon la maravilla, puso el colmo á su gloria matando 200 ratas en 59 minutos y 58 segundos. Sus muchos admiradores llevan su retrato en los pañuelos.

Un perro no mas antes de *Tiny* habia obtenido esa alta distincion en recompensa de hazañas sin ejemplo, *Billy*, el príncipe de los perros. Era un hermoso perro blanco con manchas negras en la cabeza. En la primera apuesta destruyó 100 ratas en 6 minutos 35 segundos; el 22 de abril de 1823 mató 100 ratas en 5 minutos 30 segundos. Cansado ya y tuerto en aquella época, *Billy* puso el colmo á su gloria matando 50 ratas en 6 minutos y 6 segundos, con lo cual hizo ganar á su amo una apuesta de 30 soberanos contra una perra del Berkshire que cayó aniquilada á la trigésima rata. En el condado de Essex he visto en una posada un grabado antiguo que representa á *Billy* con la fecha conmemorativa de su famoso combate de abril de 1823. Para que nada faltase á su gloria, este perro disecado se conserva en la taberna donde vivió.

Estas exhibiciones son muy comunes en Lóndres y en los condados: por todas partes se ven retratos de caballos, de perros y de pugiladores, así como se ven tambien perros disecados bajo fanales. El que quiera ver de estos monumentos elevados al orgullo de la raza canina, no tiene mas que presentarse en casa del célebre BenCaount, verbigracia, en su taberna de Saint-Martin's-Lane.

Se ha calculado que se destruyen anualmente 35,000 ratas solo en las dos casas de Shaw y de Sabin, Broad-Street, Saint-Giles's. El consumo de ratas para Shaw solamente se eleva á 4,000 pesos fuertes cada año. De aquí se puede deducir la importancia del comercio de los *rats-catcher*. Es de temer que los combates de ratas en vez de favorecer la destruccion de ellas, como promete el tío Tomás, produzcan por el contrario el aumento y de-



El Time Keeper, juzgando la duracion del combate.

visto dueños tan orgullosos con las hazañas de sus perros, como podrian estarlo de las suyas propias. Me sorprende que no se haya abierto todavia un libro de oro para dejar sus nombres á la posteridad.

Es interesante saber cómo ilustran los combates de ratas; para dar aquí una muestra de ellos citaremos al-



The Performance (la lucha y los espectadores)

sarrollo de la especie. Para los que visiten Londres y deseen conocer las principales casas donde hay de estos combates, citaremos además de las tabernas de Shaw y de Sabin: la *Bola y el Palo*, taberna de Hyde, Little-Mitchel-Street, Saint-Lukes's; el *Triunfo*, de Turner, Shov-Lane, Holborn; la *Pipa de aguardiente*, Barton Aley; el *Hombre salvaje*, en casa de Nawley, Coppice-Row, Clerkenwell y las *Ocho campanas* Denmark-Street, Saint-Giles's. En todos estos establecimientos hallarán según la fórmula consagrada: « una buena provision de ratas á toda hora. »

## DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA EN LA RECEPCION PÚBLICA DEL EXCMO. SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO EL DIA 14 DE MARZO DE 1838.

### DISCURSO DEL SEÑOR CUETO.

*Juicio crítico de Quintana como poeta lirico.*

(Continuacion.)

El odio no es nunca inspirador de la justicia; y Quintana, eco de falsas y novelescas tradiciones, pugna por amontonar sobre el nombre de Felipe II tesoros de vilipendio y de indignacion, presentándole como asesino de su hijo el príncipe Don Carlos. Pero, señores, la poesía inspirada por la pasión, calumnia á pesar suyo, como por la misma causa suele tambien calumniar la historia. Todos cuantos han consultado las fuentes históricas de aquel tiempo conocen la índole aviesa y desmandada del príncipe Don Carlos, sus instintos rebeldes, sus raptos de demencia, sus conatos de hostilidad contra su padre, el absurdo físico y moral de la dramática ficción de sus amores con la reina Isabel de Valois, y por último, las causas naturales y las circunstancias de su muerte. Felipe II, no asesinando á Don Carlos con el dogal que este le enseña en la vision del Escorial, sino llorando y bendiciendo ante el lecho de muerte del hijo que tan activamente habia contribuido á emponzoñar su vida, eso es lo que la historia nos presenta con un carácter de autenticidad incontestable. De todos modos, el príncipe Don Carlos, llamando *hipócrito*, *supersticioso* y *fanático* á su padre en un diálogo lleno de rencorosas acriminaciones, es un cuadro repugnante al buen gusto y al sentido moral, que no alcanzan á hacer simpático todo el encanto y toda la fuerza poética de la imaginacion de Quintana.

Felipe II cometió graves yerros, y careció de algunas prendas: nadie lo pone en duda; pero ¿deja de ser por eso una de las figuras mas grandes, mas imponentes y mas gloriosas que ofrece nuestra historia? Tener á raya á Francia con la actitud de las armas españolas en Italia, y con las victorias de San Quintin y de Gravelinas; adquirir en ella preponderante influencia en favor del principio católico; poner freno en Lepanto á la prepotencia otomana; imponer á Inglaterra; evitar el rompimiento de los bandos de Alemania; sustentar con su influjo las deliberaciones y doctrinas del concilio de Trento; conservar su autoridad y su dominacion en Italia, combinando hábilmente en sus relaciones con la Santa Sede la sumision del católico y la entereza del monarca; mantener intacta en España la unidad católica, cuando cundia por todas partes el contagio invasor de la herejía luterana; levantar el portentoso monumento del Escorial; conquistar á Portugal; inquietar, en fin, y dirigir al mundo desde el retiro de su palacio; timbresson de gloria verdadera, que no pueden oscurecer las trascendentales faltas de Felipe. Pero muchas de estas faltas, que suelen atribuirse exclusivamente á su condicion altanera é intolerante, en no escasa parte pertenecen al estado de las costumbres y de las ideas de la época, una de aquellas en que con mayor violencia se han desencadenado en el mundo de las ideas los impulsos de lucha y de sacudimiento moral. La dureza y la intolerancia estaban, no solo en el ánimo de los reyes, sino en las costumbres de los pueblos. Recordad la Inglaterra del cruel y sanguinario Enrique VIII y de la soberbia y voluntariosa Isabel: recordad tambien la Francia de la Saint-Barthelemy. Felipe II se juzgaba destinado por la Providencia á fortalecer la potestad real, y á ser el antemural en donde se estrellasen los intentos de los heresiarcas. Su condicion dura é inflexible y su carácter desconfiado, y no pocas veces sesgo y artero, le inducian á exagerar sus deberes, y á mirar con recelo, y hasta con aversion, cuanto se inclinaba á coartar en lo mas mínimo su autoridad desmesurada, á vivificar las antiguas leyes fundamentales, y á estorbar la accion inexorable de su celo religioso. Pero, forzoso es confesarlo, el espíritu de su siglo y de su pais ayudaban grandemente las geniales tendencias de su ánimo. La nacion española, apegada á su rey, ambiciosa, como él, de gloria y de influencia, y como él, alarmada al ver penetrar en el reino el veneno de la herejía, fué, no lo dudeis, cómplice de su intolerancia y participe de su grandeza. No mueven los reyes á los pueblos á altas y costosas empresas cuando no los liga un lazo nacional robusto y poderoso. Quitad á los españoles del siglo XVI la fuerza del principio católico y la ferviente lealtad á sus monarcas: suprimid la fórmula social de aquel tiempo *Dios y el Rey*, y suprimireis el impulso moral que daba tan perseverante y

generoso aliento á los tercios españoles, y no comprendereis ni la batalla de Lepanto, ni la *Invencible Armada*, ni las guerras de Flándes, ni esa misma fiereza con que España defendia la santa unidad de su Iglesia.

Quintana, señores, sea dicho sin lastimar su renombre de poeta, no vió á la luz de la verdadera filosofía aquella severa figura, digna de ser juzgada con mas intenso estudio y con mayor imparcialidad. Así pinta á Felipe II el apasionado poeta:

« La sospecha alevosa, el negro encono,  
De aquella frente pálida y odiosa  
Hicieron siempre abominable trono.  
La aleva hipocresía,  
En sed de sangre y de dominio ardiendo,  
En sus ojos de víbora lucia;  
El rostro enjuto y miserables facciones  
De su carácter vil eran señales,  
Y blanca y pobre barba las cubria  
Cual yerba ponzoñosa entre arenales. »

¡Cuánta ira, cuánta injusticia respiran estos versos, pero al mismo tiempo, ¡cuánta poesía! El retrato de Felipe II no es imparcial, no es verdadero, es un monstruo moral; pero literariamente es bello, como es bello el Satanás de Milton.

Consentid, señores, que como contraste de esta emocion os recuerde el juicio que forma de Felipe II otro poeta contemporáneo de Quintana, que dotado de mayor discernimiento histórico ó preservado de las pasiones políticas de épocas turbulentas por el sosiego de su índole, ó por la templanza de sus principios, estuvo constantemente al abrigo del filosofismo francés del siglo último, que no abria nuevos horizontes á la razon sino para cerrarlos y oscurecerlos en seguida con las nubes del sofisma y del odio. Todos teneis en la memoria aquellos magníficos versos del Duque de Frias, que son un modelo acabado de elegancia, de convencimiento y de concision:

« Fué del prudente rey el poderío  
De moros y de herejes escarmiento,  
Firme rival del Támesis umbrío,  
Duro azote del Sena turbulento,  
Gloria del Trono, de la Iglesia brio,  
Temido en Flándes, respetado en Trento,  
Y desde el mar de Luso á la Junquera,  
Hubo un cetro, un altar y una bandera. »

¡Cuán otro que en la fantasía de Quintana se presenta aquí el sombrío monarca del Escorial! El Duque de Frias, si bien poseido de acrisolados sentimientos monárquicos, no se ofuscaba hasta el punto de creer dotado á Felipe II de una perfeccion sobrehumana; pero imparcial y justo, respeta la elevacion de su alma y comprende los móviles de las miras y acciones de aquel gran monarca, modesto en los triunfos y magnánimo en los reveses.

¿Y quién podria reconocer en el *Panteon del Escorial* á Carlos V, á aquella augusta sombra que Quintana evoca para hacerle declarar á guisa de humilde palinodia, que él comenzó *los desastres de España*, y para que eche á su hijo Felipe una reprension democrática? Su ojeriza contra los reyes de la estirpe austriaca ciega al poeta á tal punto, que casi se avergüenza del Escorial; y por cierto que lo hace en versos hermosos y rotundos:

« Artes brillantes, exclamé con ira,  
¡Será que siempre esclavas  
Os vendais al poder y á la mentira!  
¿Qué vale? ¡oh Escorial! que al mundo asombres  
Con la pompa y beldad que en tí se encierra,  
Si al fin eres padron sobre la tierra  
De la infamia del arte y de los hombres? »

¡Infamia el arte que se emplea en realizar el esplendor del trono y la majestad de la religion! Esto no necesita comentarios. Quintana era mozo todavia cuando escribió su magnífica fantasía del Escorial; mas adelante, aleccionado por la reflexion y la experiencia y aquietada con los años su alma arrebatada, habrá comprendido sin duda que en la Europa moderna no han tenido las artes fuentes mas fecundas ni mas nobles que la proteccion de los príncipes y las inspiraciones de la fe.

La figura verdaderamente delicada y poética de esta notable composicion, uno de los primeros fundamentos de la fama del ilustre poeta, es la de la reina Isabel de la Paz, si bien ha contribuido á popularizar las calumnias difundidas contra Felipe II. La poesía, con su seduccion poderosa, triunfa aquí del disgusto que causan siempre la inexactitud y la injusticia. Nadie ignora que puso lamentable término á la vida de aquella simpática y virtuosa princesa un aborto, lance menos novelesco y dramático que el de la copa envenenada que Quintana coloca en sus manos; pero ¿quién, al leer tan hermosos versos, no siente involuntariamente resonar en el fondo del alma aquella patética exclamacion

« ¡Ay infeliz de la que nace hermosa! »

que ha llegado á tomar el carácter y la popularidad de un proverbio?

Ya he tenido ocasion de advertir que la musa de Quintana, briosa, arrogante y severa, es poco adecuada para la expresion de los sentimientos del amor. Y sin embargo, el monólogo de *Ariadna*, no solo expresa con efusion los martirios de la pasión menospreciada, sino que atina con la sensibilidad delicada y verdadera de un corazón tierno y lacerado. Pero esto en Quintana es una excepcion y nada mas, una tregua inesperada al ardor patriótico que abrasaba su alma. En medio de alguna reminiscencia de la forma de la poesía francesa, reminiscencia involuntaria que le impide echar de ver la impropiedad suma que hay en llamar *amable impostor* al bronco y cruel Teseo, el poeta encuentra el lenguaje y los arranques del verdadero amor.

« Le vi, le amé: mi corazón,  
Toda yo stuya fui. . . . . »

Mas adelante continúa Ariadna:

« Yo triste, envuelta en la inocencia mia,  
Al delirio de amor me abandonaba.  
Tú sabes cuál mi seno palpitaba,  
Tú viste cuál mi sangre se encendia,  
Y cómo de su boca engañadora  
Deleite, amor y perdicion bebia. »

Aquí están el vuelo, el calor y sencillez del alma conmovida. Y lo mas singular es que Quintana, tan propenso á seguir los rumbos y las tendencias de la musa antigua, se aparta aquí completamente de ella. Comparad con el monólogo de Quintana las acerbas quejas que pone Catulo en boca de Ariadna al describir los ostentosos paños del lecho nupcial de Tétis. La Ariadna de Catulo, sola, desamparada en una isla desierta, vilmente abandonada mientras dormia, sin medio ni esperanza de salvacion,

*Indomitos in corde gerens Ariadna furores.*

habla de un modo mas conforme á la leyenda griega. La ira acalla en su pecho los sentimientos del amor; y sus palabras, llenas de sublime verdad, son duras imprecaciones y acentos de venganza. Tomás Corneille, que desnaturaliza completamente las costumbres griegas y la tradicion mitológica, presenta tambien á Ariadna exasperada y vengativa. Quintana, arrastrado esta vez por la idea del amor cristiano, que ya en la antigüedad asomaba intuitivamente en la Medea de Apolonio de Rodas y en la Dido de Virgilio, pinta el amor de Ariadna con tal carácter de perdon y de abnegacion, que casi desaparece el horror mismo de la desesperacion bajo el velo de su amoroso frenesí. Cercana ya al último instante de la vida, avasalla absolutamente su alma la imagen de Teseo, y cruza de súbito su mente la fugaz y engañosa ilusion de que aun podria tal vez compadecerla el pérfido amante si llegase á ver la horrible agonía del angustioso trance en que se halla. Así exclama Ariadna:

« ..... ¡Ah! ¡si el ingrato  
Presente ahora á mi dolor se hallara,  
Quizá al verme llorar tambien llorara: »

rasgo de sensibilidad delicadísima, que pinta con mas fuerza y verdad que pudieran hacerlo nutridas descripciones el amor y el martirio de la infeliz Ariadna.

Después del análisis crítico que, sin menoscabo alguno de la admiracion que merece, he juzgado indispensable hacer de algunas de las tendencias morales del poeta, poco os diré de las poesías que se refieren á la patria, á la gloria y á la libertad. Aquí está Quintana en su esfera propia y nativa: aquí explaya libremente los tesoros de su elocuencia y el fuego de su fantasia: aquí se presenta clara y resplandeciente la individualidad del autor, sin la cual no son las artes mas que pálidos reflejos de las inspiraciones ajenas. *Guzman el Bueno* y el *Combate de Trafalgar* despiertan en la imaginacion del poeta la espléndida imagen del heroísmo de los españoles, y su alma se temple y se levanta al nivel de las grandes acciones que describe. No os cito aquí los destellos sublimes sembrados profusamente en aquellos magníficos cantos, porque están en la memoria de todos.

¿Y sus odas *Al armamento de las provincias españolas contra los franceses*, y *A España, después de la revolucion de marzo*? En ellas sube la inspiracion á las regiones mas altas y mas encendidas del entusiasmo patrio, y basta recordar el torrente de indignacion que en 1808 desencadenaron en todos los ámbitos de España la invasion francesa, sorda y pérfidamente ejecutada, y los falaces tratos de Bayona, para concebir el mágico efecto que produjeron en la nacion, estremecida de sorpresa y de ira, aquellas fulminantes palabras:

« Llega, España, tu vez: al cautiverio  
Con nefario artificio  
Tus príncipes arrastra.....  
Sus soldados,  
Obedeciendo en torpe vasallaje

Al planeta de muerte que los guía,  
Trocaron en horror el hospedaje  
Y la amistad en servidumbre impía.  
¿A dónde pues huyeron,  
Pregunta el orbe estremecido, á dónde  
La santa paz, la noble confianza,  
La no violada fe? Vanas deidades  
Que solo ya los débiles imploran.  
Europa sabe, de escarmiento llena,  
Que la fuerza es la ley, el Dios que adoran  
Esos atroces vándalos del Sena.

Alto y feroz rugido  
La sed de guerra y la sangrienta saña  
Anuncia del león.....

Solo la sierpe vil, la sierpe ingrata,  
Al descuidado seno que la abriga  
Callada llega y ponzoñosa mata. »

El cuadro de la antigua grandeza nacional con que empieza la oda *A España despues de la revolución de marzo*, amargo contraste del esplendor pasado y de la decadencia presente, es uno de los periodos mas elocuentes que se han escrito en verso castellano. Todos le teneis en la memoria, y sin embargo, cierto estoy de que me perdonareis que os recuerde esta noble poesía, música de la patria, que tan dulcemente suena siempre en oídos españoles :

« ¿Qué era, decidme, la nación que un día  
Reina del mundo proclamó el destino,  
La que á todas las zonas extendía  
Su cetro de oro y su blason divino?  
Volábase á Occidente,  
Y el vasto mar Atlántico sembrado  
Se hallaba de su gloria y su fortuna.  
Do quiera España : en el preciado seno  
De América, en el Asia, en los confines  
Del Africa, allí España. El soberano  
Vuelo de la atrevida fantasía  
Para abarcarla se cansaba en vano;  
La tierra sus mineros le rendía,  
Sus perlas y coral el Océano;  
Y donde quier que revolver sus olas  
El intentase, á quebrantar su furia  
Siempre encontraba costas españolas.

Ora en el cieno del oprobio hundida,  
Abandonada á la insolencia agena,  
Como esclava en mercado, ya aguardaba  
La ruda argolla y la servil cadena. »

Así vibraban en el corazon de Quintana las cuerdas de su impetuoso patriotismo al ver ruinoso y desdorado el magnífico edificio del poder y de la gloria de la nación. Ved ahora con qué varonil entusiasmo, con qué estóica entereza exaltaba, concitando á la guerra, la fiera independencia de los españoles.

« ¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,  
Unico asilo y sacrosanto escudo  
Al impetu sañudo  
Del fiero Atila que á Occidente oprime!  
¡Guerra, guerra, españoles! En el Bétis  
Ved del tercer Fernando alzarse airada  
La augusta sombra, su divina frente  
Mostrar Gonzalo en la imperial Granada;  
Blandir el Cid su centellante espada,  
Y allá sobre los altos Pirineos,  
Del hijo de Jimena  
Animarse los miembros gigantesos.

¡Pues qué! ¿Con faz serena  
Viérais los campos devastar opimos,  
Eterno objeto de ambicion agena,  
Herencia inmensa que afanando os dimos?  
Despertad, raza de héroes : el momento  
Llegó ya de arrojaros á la victoria,  
Que vuestro nombre eclipse nuestro nombre,  
Que vuestra gloria humille nuestra gloria.

¡Qué generoso ardimiento! ¡Qué inspiracion de fuego!  
Para encontrar acentos tan altos y vigorosos, tenemos que acudir á la musa libre y denodada de la Gre-

cia. Tirteo, templado por el espíritu espartano, no pintaba con mayor vehemencia la gloria de morir por la patria en las sangrientas guerras de Mesenia : no cantaba Simónides con estro mas arrebatado el sublime desastre de las Termópilas y las hazañas de Maratón, de Salamina y de Artemisio : no ensalzaba Píndaro con mas independencia ni con mas entusiasmo á los héroes de Olimpia, de Nemea y de Corinto. La musa lírica latina no nos ofrece nada que en elevacion, en majestad y en brio pueda compararse con las fogosas inspiraciones de Quintana. Horacio es sin duda mas correcto, mas conciso, mas puro, y por decirlo así, mas atildado. Pero, no lo dudeis, no tiene ni su fuego, ni su espontaneidad, ni su fuerza. Horacio reflejaba la sociedad epicúrea en que vivía; seguía en sus versos la filosofía superficial y condescendiente que cuadraba á su vida alegre y regalada, y cantaba la fortaleza estóica (*Justum ac tenacem*) al son de los halagos de Mecenas, como Ciceron escribía su paradoja sobre la economía en una mesa que le habia costado doscientos mil sestercios.

Todo esto dista mucho de la musa austera de Quintana, que si no tiene para volar al cielo las alas de Klopstock ó de Lamartine, ni hace brotar del alma delicadas flores de ternura al influjo de una mirada, de una lágrima ó de un suspiro, tiene afrentas para los sentimientos viles, anatemas para la opresion, palmas para las acciones nobles ó heróicas, coronas de gloria para las virtudes de la patria. A este entusiasmo por la belleza moral, que hace subir el pensamiento á Dios, centro de donde viene y á donde va toda belleza, allega Quintana el culto de la forma hasta el punto de competir con los modelos mas nobles de la poesía del gentilismo. Para convencerse de ello basta leer su canto á *La Danza*, tan lleno de imágenes, de lozanas galas, de elegantes giros, de amor á la hermosura plástica. No os hablo de su admirable canto *Al mar*, alianza feliz de la musa antigua y de la musa moderna : en él ha hecho Quintana lo que debe hacer todo poeta que aspire á unir la pompa, la animacion y los colores del mundo de la materia, con las abstracciones, los éxtasis y los sentimientos del mundo del espíritu : hermanar el cielo con la tierra; modelar con manos cristianas el mármol de la antigüedad.

Deliberadamente me he abstenido de hablaros de las circunstancias y vicisitudes de la vida del ilustre Académico.

Este escrutinio póstumo de las impresiones del poeta para buscar en ellas la razon y la medida de los vuelos de su imaginacion, es generalmente una tarea temeraria y estéril, y no pocas veces una profanacion. El poeta no llega verdaderamente á la creacion sublime sino cuando levanta el pensamiento á una esfera mas alta que la vida real, y cuando, para abarcar los sentimientos y las ideas de la humanidad entera, sale del círculo, siempre estrecho, de su propia existencia. Además, para seguir los vaivenes y los móviles de la vida de Quintana, sería forzoso entrar en el confuso laberinto de nuestras pasiones, de nuestras creencias y de nuestras preocupaciones contemporáneas. No lo consiente la majestad de este santuario de las letras; y ¿quién podría presumir de iluminar con luz de absoluta imparcialidad y de estricta justicia los enigmas del corazon y de la mente de un poeta, sus ilusiones, sus combates, sus delirios, su desesperacion, su silencio?

(Se concluirá.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — En donde se encuentra la elegancia. — Furor de los jóvenes por los caballos. — Variedades del frac á la francesa. — Mi opinion sobre las modas masculinas. — Metamorfosis del sombrero redondo de un carbonero. — Fisiología de cada sombrero á la moda. — Resurreccion de la casaca Luis XVI y de otras prendas antiguas. — Sobre las modas de la primavera. — Noticias sobre las telas, los pantalones y los chalecos. — Descripcion del figurin de este número.

Para dar una cuenta exacta y fiel de las modas actuales, preciso es seguir las al bosque de Boulogne, á las carreras de Longchamp y á los teatros, antes de que sobrevenga su emigracion á Baden y á otros lugares célebres para pasar el verano. El juego y los caballos son hoy las primeras pasiones de todo elegante parisiense. Habladle de mujeres bonitas, y os responderá con los nombres de *Monarca* y *Mis Anita* que ganaron los premios en las últimas carreras.

De aquí resulta que hay trajes muy distintos segun las exigencias de la vida y de los placeres. El de montar á caballo no puede llevarse para visitas, á menos que estas no tengan lugar entre amigos. Ninguna señora recibiría á un joven con frac de botones alegóricos representando cabezas de caballos, botas con espuelas y látigo.

Echemos una ojeada sobre los trajes de primavera y sobre las prendas que tendrán cierta boga en esta temporada.

La prenda única que lleva el hombre de diez y seis á cuarenta y cinco años es el frac á la francesa, prenda que se adapta perfectamente á mas de una trasformacion ingeniosa. Sirve para casaquilla de viaje y aun para jaqueta, añadiéndole anchos bolsillos y carteras. Todo esto es muy bonito segun dicen los hombres; por mi parte tengo que decirlo tambien, aunque sería mas sincera si dijese lo contrario. Ya veo que nuestros usos y costumbres rechazan los trajes elegantes y perfumados que se usaron en otro tiempo. Nuestros nobles del

dia pasan demasiado tiempo en la cuadra; pero ya que se admite el *negligé* completo en el vestir, ¿porqué se censura ese sombrero tan pretencioso y tan ridículo? Tómese de una vez el de carbonero. Es verdad que como la moda todo lo embellece, ella variará este último hasta lo infinito. Tendremos «el Panamá», que es el mas en boga; el de molinero, de fieltro blanco; el Nemorino de paja fina adornado con una cinta de color claro (este es el que llevan los buenos mozos), y en fin, el de gallego, de fieltro color de castaña, estilo inglés como ninguno. Falta todavía el sombrero Polka, que es el que llevan los jovencitos.

Volvamos seriamente á las modas. Se dice que se usará de nuevo la casaca á la Luis XVI menos el cuello á la sajona, y que poco á poco la moda siguiendo el impulso caprichoso y artístico de los trajes femeninos, retrocederá y copiará cuanto se llevó antiguamente.

No me atrevo á creerlo por demasiado bueno. Entre tanto hé aqui las noticias mas recientes que he recogido :

Se llevan pocas prendas de paño de un color, el cual se reserva para los trajes de soiré. En cambio los paños mezclilla abandonados hace tiempo vuelven á estar en moda para los fracs de visita y de paseo por el día. En cuanto á lo que llaman vulgarmente la «jaqueta», solo se lleva de tela de color de cuadritos, de rayas menudas y de mezclillas pronunciadas con un aspecto caprichoso.

Los vestidos de mañana y de viaje no se hacen ya invariablemente de una sola tela y de un color como hace algunos años. Las casaquillas y jaquetas de lana son de colores oscuros, en tanto que el chaleco y el pantalon se prefieren de colores mas claros. Esto es lógico, pues nada incomoda mas durante el calor que un pantalon de color oscuro.

Ya se habla de las prendas de hilo. El coté es una tela muy fresca y agradable cuando es de calidad superior. En la fabricacion de los de este año se nota una variedad infinita. Hay el imperial, tejido muy grueso, todo de hilo; el fino estampado con cuadros y florecillas y el llamado Zefiro muy ligero.

Para traje de vestir se llevará el frac á la francesa con el chaleco y el pantalon de coté blanco ó de color; pero para los baños y el campo el traje se hace todo de la misma tela comprendiendo los botines y el sombrero, pues parece que el panamá se halla en decadencia, y que los elegantes usarán en el campo la gorrilla blanca de hilo. Sin embargo, el panamá es preferible á la gorrilla, que parece cosa de jockey y de colegial.

Las jaquetas de coté se hacen muy sencillas. No se cortan al través del talle; caen derechas y no dibujan ningun contorno; ninguna se hace larga; van cerradas con un solo boton por delante, y llevan un cuello pequeño.

Los piqué para chalecos de verano no ofrecen una variedad extraordinaria. Los mas sencillos en sus disposiciones son los mas bonitos y distinguidos. Los chalecos blancos se llevan de chal, sea derecho, alto ó cruzado; pero el chal es mas bien cuadrado que redondo. Deben ser un poco largos y derechos en torno de la cintura.

Quando el chaleco debe formar parte de un traje completo se prefiere que abotone derecho y lleve un cuello caido; así como tambien que sea muy largo por abajo y figure la faldeta antigua.

Tambien se llevarán en el campo muchos trajes blancos de tela de camisas, fina y lustrosa.

Los pantalones se hacen anchos y sin trabillas. No se gasta el nankin para pantalones aun cuando sea legítimo de las Indias. Es una tela caliente, desagradable y de mal gusto, dice la moda, pero mí parecer es otro. Las amazonas se hacen bonitos trajes de nankin.

He ahí las pocas noticias que corren sobre las modas actuales. No tienen mas mérito que el de ser exactas.

Terminaré con la descripcion de los trajes que se ven en nuestro figurin.

El primer personaje es un niño vestido para recibir la primera comunión. Su traje se compone de una pequeña jaqueta de paño negro con una hilera de botones, corta y ajustada por detrás, en tanto que por delante éae cuadrada, dejando á descubierto un chaleco de piqué blanco de chal cruzado. Pantalon de casimir negro, de una anchura ordinaria y sin trabillas. Corbata blanca de batista. Zapatos de charol con lazos. Medias de seda caladas y con bordados al plumetis. Sombrero un poco bajo de formas con alas abarquilladas.

La segunda figura lleva un bonito traje para visitas de día. Compónese de un frac de hermoso paño color de castaña, cortado justo sobre el delantero, para no abotonarse. El talle va ajustado y los faldones son largos, anchos y cuadrados. Chaleco de seda rayado azul de Francia, de chal abierto para que se vea la pechera.

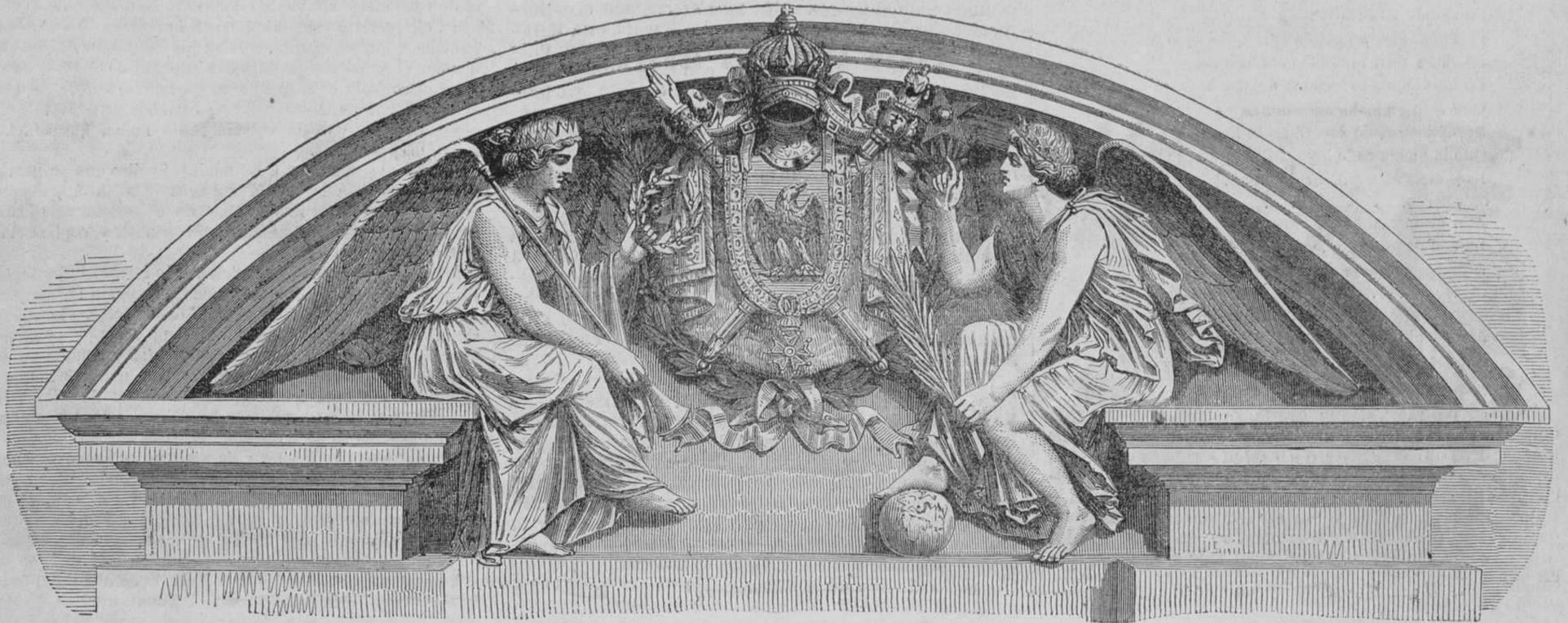
Pantalon de satín liso gris perla, un poco ancho y derecho sobre el pié. Corbata negra. Camisa de tela de Holanda, sin ningun pliegue mas que aquel en que van los ojales. Guantes de color de paja. Sombrero á la Dorsay. Botitos de charol Luis XV.

El tercer personaje representa un joven de veinticinco á treinta años, vestido elegantemente. El frac llamado á la francesa es de paño verde Napoleon y cierra solo con un boton hácia arriba. El chaleco es de cachemira de puntitos ó de valencias. El pantalon color de avellana claro, es de cuadros, ancho por abajo y sin trabillas. Corbata de tafetan cereza. Guantes color de cuero de Rusia. Sombrero á la Richemond. Botitos de charol con tacones Luis XV.

El cuarto personaje lleva igualmente un frac á la francesa de paño azul Marengo. El corte es exactamente el mismo que el del frac verde. Como el frac está de frente se ve que está cerrado hácia arriba por un solo boton y que los delanteros van de una pieza con los faldones, cayendo derechos. Chaleco de cachemira gamuza, de chal corredizo, cerrado alto. Pechera de Holanda de pliegues menudos. Corbata violeta. Guantes cuero de Rusia. Junco de china con puño de oro incrustado de rubies. Sombrero á la Brummel, nuevo estilo. Botitos de charol.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

## Decoracion del pabellon Lesdiguieres en el Louvre.



Principio por confesar sencillamente que no soy escultor ni arquitecto, y que si solo pertenece á los artistas, como dice Plinio el Joven, el juzgar las obras de los artistas, no tendria ya voto en este capítulo. Pero si Plinio el Joven hubiese tenido razon completamente, habria que advertir que Plinio el Viejo se hallaba completamente en un error cuando consagró muchos libros de su grande obra á describir, analizar y juzgar todos los monumentos del arte en la antigüedad. Es verdad que este Plinio el Viejo juzgó muchas veces muy mal, y que sus descripciones no suelen ser claras; pero generalmente dió pruebas de mucha sensatez y de buen gusto, y seria de desear que la mayor parte de los criticos del día en materia de bellas artes se pareciesen un poco á tan entendido personaje. Yo, que como él, exceptuando la ciencia y el talento, no soy mas que un simple aficionado, querria decir sencilla y claramente lo que pienso acerca del nuevo Louvre, despues de haber descrito algunas figuras con que un artista de mérito, M. Dumont, ha adornado el pabellon Lesdiguieres.

La principal de estas figuras, la que domina toda la composicion, representa el genio de la Francia en una actitud pacífica. Esta Francia está en un asiento que nos ocultan los largos pliegues de un manto con que está revestida. Los pliegues son de buena ejecucion, y el conjunto es majestuoso. La cabeza, de un carácter severo, demasiado severo quizá, porque se desearia mas expresion, ofrece la imágen de la serenidad en la fuerza. Una corona cerrada descansa en una cabellera cuyos rizos caen por ambos lados del cuello. Una de las ma-

nos de esta figura simbólica tiene una espada envainada, y la otra una rama de oliva. En suma es una estatua ejecutada con gusto; se reconoce en ella el talento distinguido de M. Dumont, talento hábil y correcto que se atreve á poco, que no ensancha los limites del arte, pero que en los limites recibidos sabe ejecutar cuanto puede hacer un hombre científico y experimentado.

Estos elogios merecidos los extendemos tambien á las otras figuras con que ha adornado el mismo pabellon. Tales son las dos Famas que llenan dos lados del tímpano del fronton debajo del escudo imperial que ocupa el centro y que le corona. Estas dos Famas tienen los trajes de su profesion. Ambas están revestidas con una túnica ligera que deja á descubierto los brazos y una parte de las piernas, y cuyos pliegues ondean al viento. Entrambas tienen alas; una de ellas tiene en sus manos una corona y una trompeta, en tanto que la otra no lleva mas que una rama de oliva en la mano izquierda; la mano derecha alzada al aire nos muestra una estrella, la estrella del imperio sin duda, que se encuentra no se sabe porqué al lado del escudo de las

armas imperiales. En las alegorias es indispensable la claridad; puesto que se halla ahí el escudo imperial, la estrella nos parece un pleonismo. Por lo demás esta reflexion se dirige no tanto á M. Dumont como á sus compañeros, los escultores y arquitectos del nuevo Louvre. El abuso de los emblemas grandes y pequeños quita el carácter serio á la obra; el monumento seria mas majestuoso, si bajo ese punto de vista recordara la sobriedad de los arquitectos y de los escultores de Enrique III, de Enrique IV y Luis XIV.

Con sus dos Famas M. Dumont nos ha dado tambien dos genios, el de la paz y el de la guerra, figurados por dos niños de una actitud y una expresion de fisonomias muy felices. En escultura los genios cuando son niños, rara vez están vestidos; los de M. Dumont se hallan desnudos pues, como conviene, y el artista en posesion de tan buena fortuna la ha aprovechado para desplegar todos los recursos de la estatuaria.

El genio de la paz, que tiene en la mano una antorcha, la antorcha de la civilizacion pacífica, se apoya en un haz de espigas, á cuyo lado hay un fardo de mercancías con los emblemas de la agricultura y del comercio coronados con los de las bellas artes y la industria; una lira, una rueda, etc. En cuanto al genio de la guerra, en lugar de antorcha tiene en sus manos un pequeño rayo que quiere arrojar á la tierra espantada.

En suma merece muchas alabanzas la ejecucion de estas cinco figuras y de sus ornatos. Pocos artistas entre el crecido número de los que han trabajado en el nuevo Louvre, han estado mas felices que M. Dumont.

A. D.



El genio de la Paz.



La Francia.



El genio de la guerra.